

GULLIVER

EN EL PAIS DE LOS GIGANTES



Ramón Sopena = Editor =

Provenza, 93-97

E. Vicens
Barcelona

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

*GULLIVER EN EL PAIS
DE LOS GIGANTES*

26162
POR

J. SWIFT

TRADUCCIÓN DE
RAMÓN MÁXIMO SPARTAL



EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S.A.
Provenza, 95. — BARCELONA

1935

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Published in Spain

Derechos reservados.

GULLIVER EN EL PAÍS DE LOS GIGANTES

VIAJE A BROBDINGNAG

I

EL AUTOR, DESPUÉS DE HABER SUFRIDO UNA FUERTE TEMPESTAD, DESEMBARCA EN UN PAÍS DESCONOCIDO, DONDE UNO DE SUS HABITANTES LE RECOGE. — DE QUÉ MANERA LE TRATAN. — IDEA DEL PAÍS Y SUS NATURALES.

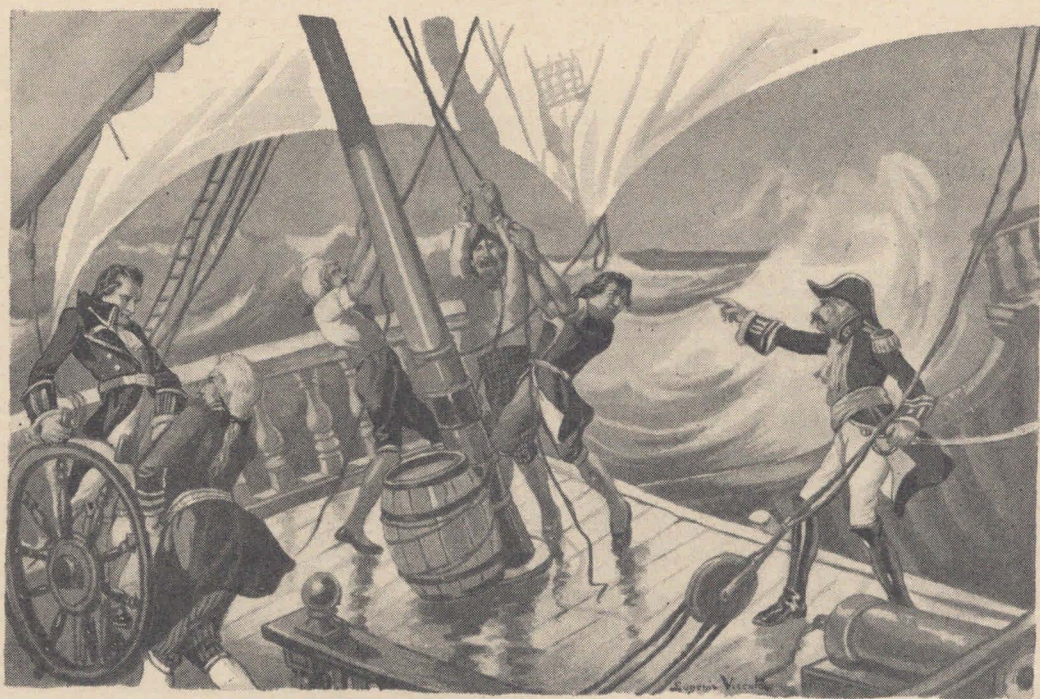
Parece que la Naturaleza y la suerte me habían condenado a una vida agitada. Ya he dicho que volví a mi casa (1); pero a los dos meses de estar en ella la abandoné nuevamente, embarcándome en las Dunas el 20 de junio de 1702, en el buque llamado la *Aventura*, cuyo capitán, Juan Nicolás, del condado de Cornualles, partía para Surate. Logramos un viento muy favorable hasta la altura del cabo de Buena Esperanza, donde anclamos para hacer provisión de agua; y habiendo caído enfermo nuestro capitán, aquejado por fiebres intermi-

tentes, no pudimos dejar el Cabo hasta fines de marzo. De allí continuamos nuestro viaje felizmente hasta el estrecho de Madagascar. Pero, habiendo llegado al norte de esta isla, los vientos que en aquellos mares soplan siempre con igualdad entre Norte y Oeste, desde primeros de diciembre hasta la entrada de mayo, principiaron a excederse con demasiada violencia el 19 de abril del lado de Oeste, y continuaron durante veinte días, en cuyo tiempo perdimos rumbo hacia el Oriente de las islas Molucas, y casi tres grados al Norte de la línea equinoccial, según advirtió nuestro capitán por cierto cálculo que hizo el segundo día de mayo, en que cesó el viento. Era hombre muy experimentado en la navegación de aquellos mares, y habiéndonos prevenido que nos dispusiéramos para hacer frente a una horrible tempestad al día siguiente, sucedió como lo había pronosticado. Comenzó a soplar un viento Sur, que llamamos monzón, y temiéndonos que fuese en aumento, recogimos la vela

(1) Aquí el autor alude a lo dicho en *Gulliver en el país de los enanos*, obra publicada en esta misma BIBLIOTECA, cuya lectura recomendamos.

del bauprés, y nos preparamos para hacer lo mismo con la de mesana, que fué preciso recoger también, y amarrar los cañones, porque la tempestad iba tomando fuerza. El buque iba de través, y en esta situación resolvimos caminar viento en popa. Bajamos la mesana y guarnecimos las escotas, el timón estaba hacia el viento, y el navío se gobernaba bien. Desplegamos

nos bastante enmarados en plena tempestad, izamos la mesana y la vela mayor, y nos inclinamos un poco contra el viento, volviendo a colocar el artimón, y también los masteleros de la gran gavia y de la menor. Nuestro rumbo era Este-Nordeste: el viento Sudoeste. Amarramos todo a estribor, y desamarramos del lado del viento: armamos las bolinas y pusimos el na-



la vela mayor; pero muy pronto la desgarró el temporal. Entonces bajamos la verga para desarmarla, y cortamos todos los cordajes que la sujetaban, tiramos del acollador del pinzote, y ayudamos al timonero, que no podía gobernar solo el timón. No queríamos bajar el mastelero, porque el buque no marchaba mal, y estábamos persuadidos de que caminaba más seguro con el mástil levantado. Viendo-

vío todo lo que se pudo hacia el viento, trabajando todas las velas. Mientras duró la borrasca, que fué seguida de un viento impetuoso de OSE., fuimos impelidos, según mi cálculo, cerca de quinientas leguas hacia el Oriente; de suerte que el más antiguo y experto de los marineros no supo decirnos en qué parte del mundo estábamos. Sin embargo, no nos faltaban víveres, el navío no hacía agua, y

nuestra tripulación gozaba buena salud; pero nos hallábamos reducidos a una extremada penuria de agua dulce. En este estado creímos más conveniente continuar el mismo rumbo que volver al Norte, por no vernos arrastrados hacia el noroeste de la Gran Tartaria, y al Mar de Hielo.

El 16 de junio de 1703 un grumete descubrió tierra desde la altura de un mastelero. El 17 vimos ya claramente una grande isla o continente (pues no supimos distinguirlo), a cuya parte meridional había una pequeña lengua de tierra que se adelantaba en el mar y una corta bahía demasiado somera para que un navío de más de cien toneladas pudiese entrar en ella. Anclamos a distancia de una legua de la bahía, y nuestro capitán envió doce hombres de su tripulación, bien armados, en la chalupa, llevando a prevención algunas vasijas por si encontraban agua. Yo le pedí permiso para ir con ellos a ver el país y hacer las descubiertas que pudiese. Pero, cuando hubimos tomado tierra, no vimos ni río, ni fuente, ni vestigio de habitantes; lo que obligó a nuestra gente a costear la ribera para buscar agua fresca a la orilla del mar. Entretanto, yo me paseaba solo, y, penetrando casi una milla tierra adentro, no encontré otra cosa que un país estéril cubierto de rocas. Ya principiaba a cansarme, y, no viendo nada que pudiese satisfacer mi curiosidad, me volvía poco a poco hacia la pequeña bahía, cuando vi a los tripulantes de la chalupa, tratando de salvar sus vidas a fuerza de remos, perseguidos por un hombre tan gigantesco, que, metido en el mar, apenas le llega-

ba el agua a las rodillas, y daba unos pasos descomedidos; pero ellos habían tomado media legua de ventaja, y estando en aquel sitio el mar lleno de rocas, el gigante no pudo alcanzar la chalupa. Yo eché a correr cuanto pude, trepando hasta la cima de una montaña escarpada, desde la que pude ver una parte del país. Le hallé perfectamente cultivado, pero, lo que desde luego me pasmó, fué la altura de la hierba, que me pareció pasaba de veinte pies.

Tomé un camino, que por su anchura me pareció carretera, aunque para los habitantes del país no era más que una pequeña senda que atravesaba un campo de cebada. Anduve por allí algún tiempo, pero a ciegas, porque las mieses estaban ya en sazón y tenían cuarenta pies de altura lo menos. Una hora tardé en llegar al otro extremo, que estaba cercado por un seto de ciento veinte pies de elevación o algo más. Los árboles eran tan grandes, que yo no pude calcular la altura que tenían.

Tratando de buscar alguna abertura en la cerca, descubrí, en el campo inmediato, uno de los habitantes, de la misma talla que el que había visto anteriormente en el mar persiguiendo a nuestra chalupa. Parecióme tan alto como un campanario de los regulares, y por mi cálculo, cada paso que daba equivalía a diez yardas (1). Me quedé temblando, y corrí a esconderme entre la mies, desde donde le vi parado junto a un portillo del seto, y dando voces más descomedidas y penetrantes que si salieran de una bo-

(1) La yarda equivale a 91 centímetros y medio aproximadamente; excede en muy poco a la vara valenciana.



...metido en el mar, apenas le llegaba el agua a las rodillas... (Pág. 7.)

cina: el sonido era muy fuerte, y como se elevaba en el aire, por el pronto creí que tronaba. Al punto se llegaron a él siete hombres de la misma estatura, cada uno con su hoz en la mano, y cada hoz tan grande como seis guadañas. Estos no estaban tan bien vestidos como el primero, de lo cual inferí serían sus criados, y porque, según la orden que les dió, pasaron luego a segar en la mies donde yo estaba escondido. Procuré alejarme de ellos cuanto pude, pero me costaba suma dificultad moverme, porque las cañas del trigo, por algunos parajes, no distaban entre sí más de un pie, de suerte que a veces no podía andar en aquella especie de floresta. Avancé, no obstante, hacia una parte donde la lluvia y el viento ha-

bían acamado la mies, y no pude pasar de allí, porque las cañas formaban un tejido tan fuerte, que era absolutamente imposible cruzar aquella mañana, y las barbas de las espigas caídas eran tan duras y agudas, que me atravesaban el vestido y me herían la carne. A la sazón oí a los segadores, que apenas estaban ya a cien yardas de mí. ¡Cuál fué mi pavor entonces! Totalmente desmayado, me dejé caer entre dos surcos, aguardando, para alivio de mi congoja, el término de mis días, representándome a mi viuda desconsolada, mis hijos huérfanos, y todos llorando mi locura de haber emprendido este segundo viaje contra el consejo de mis parientes y amigos.

En medio de una agitación tan terrible, no podía apartar de mi pen-



...descubrí, en el campo inmediato, uno de los habitantes... (Pág. 7.)

samiento el país de Liliput, cuyos habitantes me habían mirado como al mayor prodigio que se había visto en el mundo: donde yo había sido capaz de arrastrar una flota entera con una sola mano, y de hacer otras hazañas cuya memoria será eternamente conservada en las crónicas de aquel Imperio a pesar de los incrédulos de la posteridad, que no cederán sin pena al testimonio de una nación entera. La reflexión de parecer a la vista de esta gente un ente tan miserable como un liliputiense entre nosotros, no era lo que menos me mortificaba; mas, al fin, tampoco constituía la mayor de mis desdichas, porque, comúnmente, se nota que las criaturas humanas son más o menos salvajes y crueles a proporción de su talla; pero, de esta consideración, ¿qué podía yo esperar más que venir a ser bien pronto un bocado de carne en la boca del primero de aquellos bárbaros enormes que me agarrase? A la verdad, los filósofos tienen razón cuando nos dicen que no hay nada grande ni pequeño sino por comparación. Acaso los liliputienses hallarán un día otra nación más pequeña a su respecto que ellos lo eran al mío. ¿Y quién sabe si esta casta prodigiosa de mortales será una nación liliputiense en comparación de otra alguna que no hayamos descubierto todavía? Pero la confusión y susto que me poseían no daban entrada por entonces a estas reflexiones filosóficas.

Acercándose uno de los segadores a diez yardas del surco donde yo estaba acostado, temí que si daba otro paso más adelante me despachurrase

con el pie o me divudiese el cuerpo con la hoz; esto me obligó a prorrumpir en exclamaciones lastimeras con todo el esfuerzo que me permitía el desmayo de que estaba poseído, luego que le vi dispuesto a levantar el pie. Inmediatamente se detuvo el gigante, mirando en torno suyo y buscando por el suelo hasta que me vió. Quedóse parado observándome con todo el cuidado de un hombre que pretende agarrar algún animalejo pernicioso sin riesgo de que le muerda o arañe, como yo lo he hecho muchas veces con las comadreas en Inglaterra. Finalmente, ya se determinó a agarrarme por la parte más gruesa de mi cuerpo, levantándose a tres yardas de sus ojos para examinar mejor mi figura. Conoció su intención, y me estuve quieto mientras me tenía en el aire a más de sesenta pies de distancia del suelo, no obstante que me apretaba cruelmente por temor de que me escurriese entre sus dedos. No me atreví a hacer más movimiento que para levantar los ojos al sol, poniendo las manos en forma de suplicante, y así hablé algunas palabras en tono muy humilde y lastimero, conforme al estado en que me veía, temiendo a cada instante que se le antojase aplastarme, como nosotros solemos hacer con ciertos insectos fastidiosos para librarnos de ellos; pero, habiéndole hecho gracia mi voz y gesto, principió a mirarme con más curiosidad, muy admirado de oírme hablar, aunque no me entendía.

Sin embargo, yo no pude reprimir mis lamentos y lágrimas, y volviendo la cabeza procuraba darle a entender todo el daño que me hacía con sus de-



...principió a mirarme con más curiosidad... (Pág. 10.)

dos. Yo creo que comprendió que me quejaba de dolor, pues levantando un faldón de su vestido me metió en un bolsillo con mucha suavidad, y echó a correr adonde estaba su amo, que era un labrador rico, el mismo que yo había visto antes en el campo.

El labrador tomó una pajita, que era casi tan gruesa como una caña de las que usamos para bastones, y con ella me levantó los faldones de la casaca, que en mi concepto le pareció una especie de caparazón que la Naturaleza me hubiese dado, y para verme mejor la cara me sopló los cabellos. Llamó a sus criados y les preguntó (según pude conjeturar) si habían visto alguna otra vez en el campo algún animalejo que se asemejase a mí. Después me puso a gatas en el

suelo; pero me levanté al instante, y eché a andar con mucha gravedad hacia un lado y otro, para que no recelasen que quería escaparme. Sentáronse todos para mejor observar mis movimientos, y entonces yo, quitándome el sombrero, hice una cortesía muy sumisa al amo, y me arrojé a sus pies, levantando las manos y la cabeza con diferentes exclamaciones en el tono más alto que podía. Saqué de mi faltriquera una bolsa llena de oro y se la presenté con mucha humildad. Él la recibió en la palma de la mano, se la puso ante los ojos para ver si distinguía lo que era, después le dió varias vueltas con la punta de un alfiler que se quitó de la manga, y se quedó con las mismas dudas que antes. Entonces, le hice

señal de que bajase la mano, y, tomando la bolsa, la abrí y vacié en ella las monedas, que eran seis doblones de a ocho españoles, con otras veinte o treinta piezas de menos valor. Mojóse el dedo con la lengua y levantó una de las monedas mayores y luego otra; pero yo creo que no comprendió

aunque él aplicaba su oído para entenderme, todo era inútil. Envió los criados al trabajo, y sacando un pañuelo del bolsillo, le dobló por medio, le extendió sobre la mano izquierda y me hizo seña de que me pusiese encima, a cuyo fin la bajó hasta el suelo, y no hallé dificultad, pues apenas



...quitándome el sombrero, hice una cortesía muy sumisa al amo... (Pág. 11.)

lo que eran. Por último, me mandó por señas que las volviese a la bolsa y las guardase, cosa que yo hice, no sin antes ofrecérselas de nuevo.

Esto le hizo discurrir si yo sería alguna criaturita racional, y principió a honrarme con su conversación: articulaba muy bien las palabras, pero su eco me aturdía los oídos, como si fuera un molino hidráulico. Yo le contestaba ya en un idioma, ya en otro, levantando la voz cuanto podía, y

tendría un pie de grueso. Parecióme que debía obedecer; mas, para no caerme, me acosté a lo largo sobre el pañuelo en que me envolvió, y de este modo me llevó a su casa. Luego que entró llamó a su mujer, la cual retrocedió prontamente al verme, dando unos chillidos descompasados, como suelen hacer las inglesas a la vista de un escuerzo o de una araña. Pero al cabo de algún tiempo, que observó mi actitud y vió que contestaba a las se-

ñas que hacía su marido, principió a quererme con ternura.

Siendo cerca del mediodía, sacó un criado la comida (consistente sólo en un substancioso guiso de carne, conforme correspondía al estado y condición de un simple labrador) en un plato de casi veinticuatro pies de diámetro, y se congregaron el amo, su mujer, tres hijos y una anciana abuela. Sentáronse todos, y el labrador me puso a su lado sobre la mesa, que era

hizo mucha gracia. Después mandó a la criada que trajese una tacita que servía para beber licores, pues no hacía más de doce azumbres, y la llenó de bebida. Levantéla con bastante trabajo, y revistiéndome de autoridad, brindé a la salud de la señora, esforzando cuanto pude la voz en inglés. Entonces sí que temí quedar sorrido de la carcajada en que prorrumpieron todos. El gusto de la bebida era muy semejante a la sidra, y



...la cual retrocedió prontamente al verme... (Pag. 12.)

como de treinta pies de alta, por lo cual yo tenía buen cuidado de no acercarme a sus bordes, para no caerme al suelo. La mujer cortó un pedacito de carne, desmigajó un poco de pan y me lo puso delante en un plato de madera. Yo le hice una reverencia muy sumisa, y sacando mi cuchillo y tenedor, principié a comer: esto les

no me desagradó. El amo me hizo señal de que me acercase a su plato, que también era de madera, y, por apresurarme demasiado, por poco me mato, pues, tropezando en una pequeña corteza de pan, caí de cara sobre la mesa. Me incorporé al instante, y advirtiéndome que aquellas buenas gentes se habían compadecido de mí,



...y el labrador me puso a su lado sobre la mesa... (Pág. 13.)

tomé el sombrero, le volteé sobre la cabeza y lancé dos o tres aclamaciones para que viesen que no había recibido daño. Pero al querer dirigirme hacia mi amo (éste es el nombre que le daré de aquí en adelante), el más pequeño de sus hijos, que estaba sentado junto a él y era un muchacho como de diez años, muy maligno y travieso, me agarró por las piernas y, elevándose en el aire, me conmovió todo el cuerpo. El padre me arrebató de entre sus manos y le dió una manotada tan fuerte en la oreja izquierda, que pudiera haber desbaratado un escuadrón entero de caballería europea, mandándole que al punto se quitase de la mesa. Temí que el chiquillo me guardase rencor; y acordándome de

lo perversos que son, naturalmente, todos los muchachos de nuestro país con los pájaros, conejos, gatos y perros, me puse de rodillas delante de mi amo, y señalándole con el dedo, le di a entender como pude que deseaba que le perdonase. El padre condescendió, y, volviendo a tomar su silla el muchacho, me llegué a él y le besé la mano.

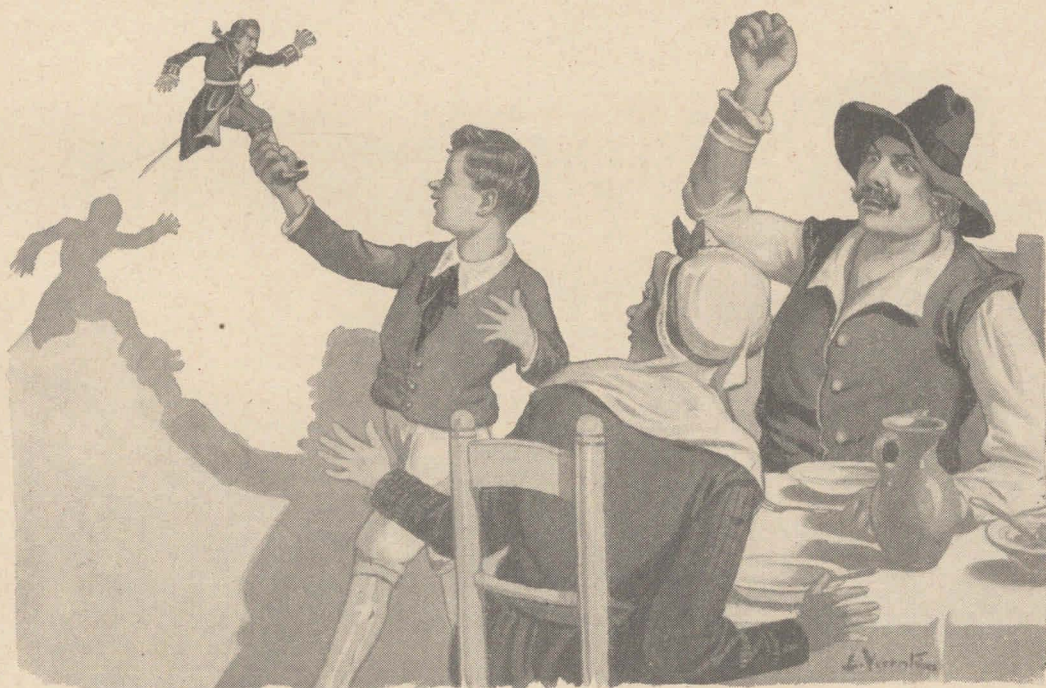
A mitad de la comida el gato favorito de mi ama se le subió encima. Oí detrás de mí un ruido como de doce telares de medias, y volviendo la cabeza, me enteré de que era que mayaba aquel gatazo, que me pareció tres veces mayor que un buey, a juzgar por la cabeza y una de sus patas, que pude ver mientras el ama le daba de comer

acariciándolo. La ferocidad de aquel animal me llenó de pavor; así, procuré alejarme al lado más remoto de la mesa, distante cincuenta pies, aunque ya vi que el ama le tenía asido, temiendo que se me abalanzase. No sucedió nada, porque el gato ni reparó en mí siquiera.

Mi amo, por ver lo que hacía, me puso delante de él, bastante cerca, y como siempre he visto que cuando se huye de una fiera o se manifiesta miedo suele más presto echarse encima, determiné mostrarme valiente, y fingir que no temía sus garras. Principié a pasearme con mucha osadía, acercándome tanto, que el animal dió dos pasos atrás, como si tuviera miedo de mí. Después vinieron tres o cuatro perros, entre ellos un mastín que

abultaba por cuatro elefantes, y un lebel no tan grueso, pero más alto. Yo me mantuve siempre firme, aparentando serenidad de ánimo.

Al concluirse la comida, entró el ama de cría que amamantaba un niño de la labradora, como de un año de edad. Apenas me vió la criatura principió a dar unos gritos tan terribles, que creo que se hubieran podido oír sin dificultad desde el puente de Londres hasta Chelsea. Él me tuvo por un muñeco u otro juguete análogo, y lloraba porque se lo dieran para entretenerse. La madre me levantó y me puso en manos del niño, el cual al instante me agarró, y metió mi cabeza dentro de su boca, como es natural en aquella edad: mas no fué esto lo peor, sino que, asustado el muchacho de



...me agarró por las piernas y, elevándome en el aire... (Pág. 14.)



...poniéndome sobre una mesa, me mandaron que me pasease... (Pág. 21.)

mis clamores, me dejó caer de pronto, y, a no ser porque la madre tenía puesto debajo su delantal, me hubiera roto la cabeza sin remedio. La nodriza, para apaciguarle, se valió de un juguete, que era un grueso pilar hueco guarnecido de unas piedras disformes, el cual pendía de la

de la debida proporción que existe entre las diversas partes de su organismo y el grado de nuestra vista; pues es seguro que si las mirásemos a través de un microscopio, descubriríamos ciertas deformidades que no alcanza a distinguir nuestro órgano visual y que las afean extremadamen-



...y metió mi cabeza dentro de su boca... (Pag. 15.)

faja del niño, sujeto por un cable muy fuerte, y, no bastando esto a aplacarle, recurrió al último arbitrio, que fué darle de mamar. Es preciso confesar que no he visto cosa en mi vida que me haya horrorizado tanto, ni sé con qué poder compararla.

Entonces me acordé del atractivo de nuestras damas inglesas, a quienes sin duda favoreció Naturaleza en esta parte, y comprendí que nuestra inclinación hacia ellas puede depender

te. Por la misma razón me decía una mujer en Liliput que le parecía yo muy feo, que distinguía unos grandes agujeros en mi cutis; que mis barbas eran diez veces más gruesas que las cerdas del jabalí, y que la tez de mi cara era un conjunto de diferentes colores que la hacían totalmente desagradable, siendo así que soy rubio y paso por ser de color bastante bueno. Pero dejemos estas digresiones.

Después de la comida, mi amo volvió a buscar a sus gañanes, y a lo que pude comprender por su voz y ademanes, encargó mucho a su mujer que me cuidase. Estaba yo rendido de cansancio y tenía gana de dormir. La labradora lo conoció, y, llevándome a su cama, me cubrió con un pañuelo blanco, que no era más pequeño que la gran vela de un navío de guerra.

me había dejado encerrado bajo llave: de la cama al suelo había ocho yardas de distancia, apretábanme algunas necesidades naturales, y no me atrevía a llamar, bien que hubiera sido inútil con una voz como la mía, dada la gran distancia a que estaba la cocina, en donde se hallaba de ordinario la familia. Cuando me hacía estas reflexiones, treparon dos enormes ratas por las cortinas y principiaron



Dormí dos horas soñando que estaba en mi casa con mi mujer y mis hijos, lo que aumentó mi aflicción cuando desperté y me vi absolutamente solo en una espaciosa sala de doscientos a trescientos pies de extensión y más de doscientos de altura, acostado en una cama que tenía veinte yardas de anchura. Mi ama había salido a los negocios de su casa y

a correr sobre mi cama. Llegó una a mi cara, y yo, lleno de espanto, me incorporé como pude para echar mano al sable; pero aquellos terribles animales tuvieron la insolencia de acometerme por distintos lados. Comencé a repartir cuchilladas y tuve la fortuna de matar una y ahuyentar a la otra, volviendo a acostarme concluída la refriega para descansar.

sar y reponerme de la emoción sufrida. Eran las tales ratas como dos mastines, pero sin comparación más ágiles y feroces, de suerte que si me hallan indefenso, infaliblemente me devoran.

Poco después vino mi ama, y, entrando en el cuarto, advirtió que estaba todo ensangrentado. Acudió al instante a mí, y para que saliese del susto la hice señal de que mirase a la rata muerta. La labradora sonrió, dando muestras de contento al ver que no estaba herido. Después le expliqué, como pude, mi deseo de bajar al suelo, y aunque me soltó al punto, mi recato no me permitía declarar la urgencia de otro modo que señalando a la puerta, haciéndole muchas cortesías. La mujer me entendió al

cabo de algún tiempo, y, volviendo a ponerme sobre su mano, me llevó al jardín y me dió libertad. Alejéme cerca de veinte yardas, y dándole a conocer que debía volver la cabeza, me oculté entre dos hojas de acedera, donde hice lo que se deja adivinar.

II

RETRATO DE LA HIJA DEL LABRADOR. —

LLEVAN AL AUTOR A UNA CIUDAD DONDE HABÍA MERCADO, Y DESDE ALLÍ A LA CAPITAL. — EXACTA RELACIÓN DE SU VIAJE.

Tenía mi ama una hija de nueve años, dotada de un espíritu muy desarrollado para tan tierna edad. De acuerdo con ella, su madre me había destinado para cama, antes que



Comencé a repartir cuchilladas... (Pág. 18.)

llegase la noche, la cuna de una muñeca que le servía de entretenimiento. Pusiéronla dentro de una gaveta de un pequeño escritorio suspendida en el aire sobre un estante por temor de las ratas, y aquél fué mi lecho durante todo el tiempo que permanecí entre aquellas buenas gentes. La muchacha era tan ingeniosa, que a las dos o tres veces que vió cómo yo me desnudaba aprendió a hacerlo sin dificultad, y aunque yo no le permitiese tomarse este trabajo más que por obedecerla, ella me vestía y desnudaba cuando quería. Me hizo seis camisas, y otras ropas interiores, del lienzo más delgado que pudo encontrar (es verdad que comparadas con él las velas de nuestros navíos son telas de Holanda) y cuidaba de lavármelas por su propia mano. No

sólo era mi lavandera, sino también mi maestra para instruirme en su idioma. Cuando le señalaba con el dedo alguna cosa, al instante me decía cómo se llamaba; de suerte que en poco tiempo me vi capaz de poder pedir todo lo que necesitaba: ciertamente que tenía un natural bellísimo. Me puso el nombre de *Grildrig*, que significa lo mismo que *nanunculus* en latín, *homunculetino* en italiano, y *mannikin* en inglés. Puedo decir que a ella debo el haber aprendido su idioma. Estábamos siempre juntos: yo la llamaba *Glumdalclitch*, o amita, y confieso que sería el hombre más ingrato e inhumano si olvidara en cualquier tiempo sus desvelos y afecto hacia mí; pero, lejos de eso, quisiera llegar a verme otro día en estado de reconocerlos: en el



fondo de mi corazón lo deseo, no sin sentir que, acaso, habré sido la inocente, aunque infeliz causa de su desgracia. No me faltan motivos para temerlo.

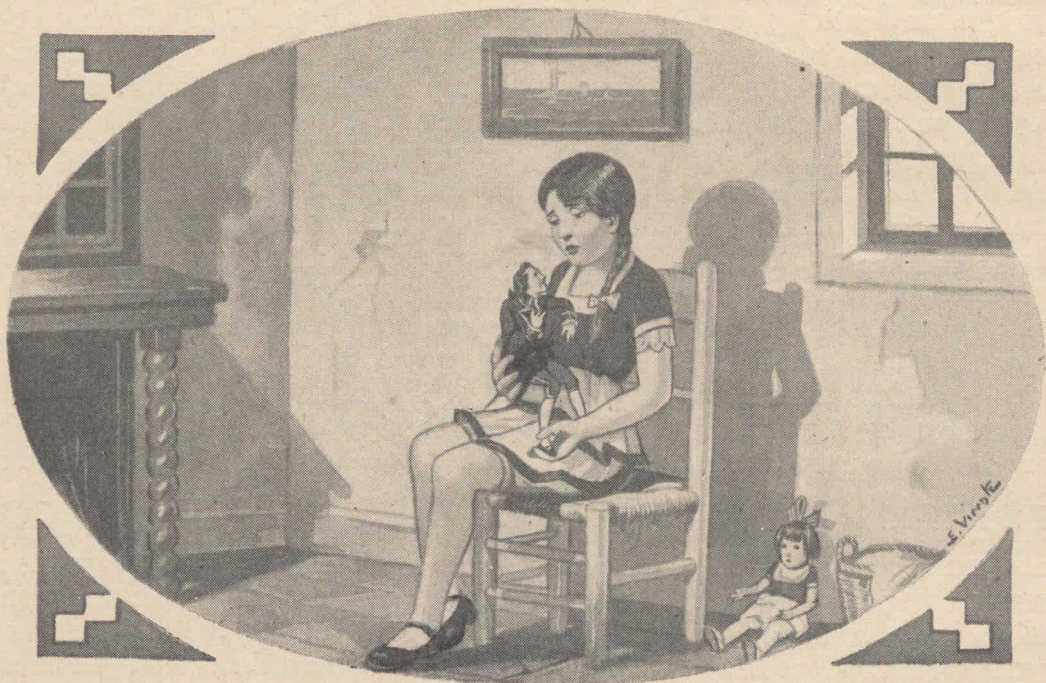
Muy pronto se esparció por todo el país la noticia de que mi amo había hallado en los campos un animalejo poco menor que un *splacknuck* (ser que se cría en aquellos climas, y tiene casi seis pies de largo y la misma figura que un racional) que imitaba al hombre en todas sus acciones y parecía hablar una especie de lenguaje que le era propio; que había aprendido ya algunos términos del país, que andaba en dos pies, que era dulce y tratable, iba adonde le llamaban, hacía cuanto le mandaban; que tenía unos miembrecitos muy delicados, y un cutis más blanco y fino que el de una señorita a la edad de tres años. Otro labrador vecino, íntimo amigo de mi amo, fué a visitarle expresamente para comprobar la verdad de la voz que corría. Al instante me exhibieron, y, poniéndome sobre una mesa, me mandaron que me pasease; obedecí prontamente, saqué mi sable, lo volví a la vaina, hice una gran cortesía al vecino, preguntéle por la salud en su propio idioma, y le di la bienvenida, procediendo en todo como me había enseñado mi maestrita. El amigo, que por su avanzada edad tenía ya cansada la vista, se puso sus anteojos para verme mejor; yo no pude reprimir la risa, y conociendo el motivo todas las gentes de la casa, principiaron a reír también, de suerte que el viejo chocho se dió por ofendido como un bestia. Tenía la debilidad de ser avaro, y no pudo disimu-

larla, a juzgar por el detestable consejo que dió a mi amo, diciéndole que podía ganar mucho dinero si me exhibía ante los curiosos cualquier día de mercado en la ciudad inmediata, que sólo distaba veintidós millas escasas. Yo me lo malicié al advertir que hablaba con mi amo muy reservadamente, que me miraban y señalaban con el dedo de cuando en cuando.

Al día siguiente me confirmó estas sospechas Glumdalclitch, mi preceptora, refiriéndome todo lo que había sabido por su madre. La pobre muchacha me puso en su seno, y lloraba sin consuelo por los riesgos a que me exponían de quebrantarme, estropear-me o acaso reventarme si aquellos hombres bárbaros y groseros no me trataban con cuidado; y como había observado mi modestia natural y extremada delicadeza en todo lo que mira al honor, se lamentaba de verme expuesto por dineros a la curiosidad del populacho. Ella alegaba que *su papá y su mamá* la habían ofrecido que Grildrig sería suyo, pero que bien conocía que la querían engañar como había sucedido el año anterior con un cordero, que, luego que estuvo gordo, se lo vendieron al carnicero. No tenía yo tanta pesadumbre, pues nunca me abandonó la esperanza de recobrar algún día mi libertad; y respecto a la ignominia de verme llevado de feria en feria como si fuera un monstruo, nunca creí que una desgracia tal pudiese herir mi honor, ni que me la echarían en rostro cuando volviese a mi patria, porque al mismo rey de la Gran Bretaña le hubiera sucedido otro tanto en iguales circunstancias.

Mi amo siguió el consejo de su amigo, y, poniéndome dentro de un cajón, me llevó el día siguiente, que era de mercado, a la ciudad inmediata, acompañado de su hija. El cajón estaba cerrado por todos lados, y provisto de algunos agujeros para que entrase el aire. La muchacha había tenido la buena idea de ponerme debajo el colchón de la cama de su muñeca;

donde acostumbraba hospedarse, y después de haber consultado con el patrón y dado las disposiciones necesarias, mandó al *grultrud* o pregonero, que diese aviso al pueblo de que había llegado un animalito extraño, que se exhibía en el parador del *Aguila verde*, un animalito que era un poco más pequeño que un *splacnuck*, semejante en todas las partes de su cuerpo a



La pobre muchacha me puso en su seno... (Pág. 21.)

mas, con todo, salí molido del viaje, aunque no duró más de media hora, porque el caballo avanzaba a cada paso cerca de cuarenta pies y trotaba con tal violencia que su movimiento no se diferenciaba en nada del de un navío en medio de la borrasca más fuerte; bien que, como he dicho, el camino no era más largo que de Londres a San Albano. Mi amo se apeó en una posada

una criatura humana; que podía pronunciar diferentes palabras y hacer una infinidad de cabriolas con mucha destreza.

Pusiéronme sobre una mesa en la sala más grande del parador, que tenía cerca de trescientos pies en cuadro. A un lado estaba mi directora en pie sobre un banquillo, bastante cerca, para cuidar de mí e instruirme en

lo que debía hacer: y mi amo, para evitar todo tropel y desorden, no permitía que entrasen de una vez más que treinta personas. Yo me paseaba por encima de la mesa arriba y abajo, según me mandaba la hija, después me hacía ésta varias preguntas que ella sabía podía yo satisfacer con arreglo al conocimiento que tenía del idioma, y a las cuales respondía con toda la propiedad y esfuerzo que me era posible.

tan penosa para mi amita, se repitió doce veces el primer día, hasta que me rindieron cruelmente el cansancio, el disgusto y la melancolía.

Los que me habían visto salían ponderando tanto lo prodigioso del espectáculo, que el pueblo quería romper las puertas para entrar. Pero mi amo, mirando por sus intereses, no permitió que nadie sino mi maestra me tocara, y, para ponerme más a cubierto



Me volvía hacia el público y hacía mil cortesías. Tomaba un dedal de Glumdalclitch, que me servía de vaso y, llenándolo de vino, brindaba por los espectadores. Tiraba de mi sable y hacía el molinete como los maestros de armas en Inglaterra; y, por último, me daban una pajita y hacía el ejercicio de la alabarda, que cuando era muchacho había aprendido en mi país. Esta fiesta, tan humillante para mí y

de todo atentado, había rodeado de bancos la mesa, a tanta distancia, que ninguno de los espectadores pudiese alcanzar con la mano mi persona. Sin embargo, un diablillo de estudiante me tiró una avellana a la cabeza, con tal violencia, que, si no yerra el golpe, seguramente me hubiera saltado el cerebro, pues era tan gorda como un melón; pero tuve la satisfacción de verle expulsado de la sala con toda



la ignominia que merecía su malignidad.

Mi amo puso carteles ofreciendo exhibirme también al público en el mercado siguiente, y entretanto me dispuso otro carruaje más cómodo, en vista de la fatiga que me habían ocasionado la primera marcha y la repetición de mis habilidades durante ocho horas seguidas, pues, al acabar, no podía ya tenerme en pie, y casi había perdido la voz. Para colmo de mis desdichas, luego que regresamos a casa, todos los hidalgos de la vecindad, movidos de la admiración general, acudían sin cesar a verme; hubo día en que se juntaron más de treinta, con sus mujeres e hijos, porque en aquel país abundaban tanto como en Inglaterra los hidalgos holgazanes y desocupados.

Entusiasmado mi amo por las sañeadas ganancias que mi exhibición le proporcionaba, determinó llevarme a todas las ciudades más principales del reino. Proveyóse de todo lo necesario para un viaje largo, arregló sus negocios domésticos, y, despidiéndose de su mujer el 17 de agosto de 1703, casi dos meses después de mi llegada a aquel país, partimos para la capital, que está situada hacia el centro del Imperio, distante poco menos de quinientas leguas del lugar de nuestra residencia. Mi amo iba a caballo, y a la grupa llevaba a su hija, vestida con calzones, la cual me conducía dentro de un cajón atado a su cintura y forrado del paño más fino que había podido encontrar.

La idea era exponerme en todas las ciudades, villas y aldeas algo cultas

del camino, y aun en las quintas que la nobleza posee en aquellas inmediaciones. Hacíamos jornadas muy cortas, que no pasaban de ochenta o cien leguas, porque Glumdalclitch, mirando por mi comodidad, se quejó de que no podía sufrir el trote del caballo, y de cuando en cuando me sacaba del cajón para que tomase aliento y viese el país. Pasamos cinco o seis ríos más anchos y profundos que el Nilo y el Ganges; apenas había arroyo que no fuese más caudaloso que el Támesis por el puente de Londres. Invertimos en el viaje diez semanas, y durante ese tiempo me exhibieron en diez y ocho ciudades principales, sin contar otras muchas villas y casas de campo.

El 26 de octubre llegamos a la capital, llamada en su idioma Lorbrul-

grud u *Orgullo del Universo*. Mi amo tomó un cuarto en la calle más principal, no muy lejos del palacio real, y repartió los acostumbrados prospectos, que contenían una descripción prodigiosa de mi persona y talento. Preparó una sala de trescientos a cuatrocientos pies de extensión, colocó en ella una mesa de sesenta pies de diámetro, sobre la cual debía hacer yo mi papel, y para que no me cayese la cercó de una empalizada. Dispuesto así todo, se dió el espectáculo, que me hicieron repetir diez veces cada día, con grande admiración y gusto de todo el pueblo. Ya hablaba yo su idioma razonablemente, y entendía muy bien todo cuanto decían de mí: también había aprendido su abecedario, y aunque con algún trabajo, podía leer y explicar un libro, pues Glum-



dalclitch me había dado algunas lecciones en casa de su padre y a las horas de descanso en nuestro viaje, a cuyo fin llevaba en su faltriquera un librito algo más grande que un atlas de los llamados de bolsillo, que no era sino una especie de catecismo en compendio, del cual se servía para instruirme en las letras del abecedario y significación de los vocablos.

III

EL AUTOR RECIBE ORDEN DE PASAR A LA CORTE, EN DONDE LE COMPRA LA REINA Y LE PRESENTA AL REY. — DISPUTA CON LOS SABIOS DE SU MAJESTAD. — LE DAN HABITACIÓN EN PALACIO. — SE CONVIERTE EN FAVORITO DE LA REINA. — DEFIENDE EL HONOR DE SU PATRIA. — QUERELLAS CON EL ENANO DE LA REINA.

Las penas y fatigas que diariamente sufría yo ocasionaron un trastorno considerable en mi salud, pues cuanto más ganaba mi amo, tanto más crecía su ambición. Había ya perdido enteramente el apetito, y me había quedado poco menos que como un esqueleto. Mi amo lo advirtió, y viendo próxima mi muerte, determinó aprovecharse del tiempo para obtener la mayor utilidad posible. Así discurría cuando llegó a la puerta un *slardral* o caballero del rey, con orden de que me presentase al punto en la corte para divertir a la reina y a sus damas. Algunas de éstas me habían vis-

to ya y contado maravillas de mi gallarda figura, mi porte y mi inteligencia. Mucho celebraron mis gracias la reina y sus azafatas. Yo me arrojé a sus pies en solicitud de besarlos con respeto; pero aquella afabilísima princesa me presentó el dedo pequeño de su mano, que estreché contra mi pecho, aplicando a su extremo con veneración mis labios. Me hizo algunas preguntas generales sobre mi país y viajes, a las cuales respondí con toda la distinción y laconismo que me fué posible. También me preguntó si viviría contento en la corte: entonces, haciendo una reverencia hasta tocar con la cabeza en la mesa en que estaba, respondí con mucha sumisión que era hijo de la obediencia, pero que si dependiese de mi voluntad solamente, tendría el mayor gusto en consagrar mi vida al servicio de Su Majestad. Al instante propuso a mi amo si quería venderme, y como éste no deseaba otra cosa, porque no me daba un mes de vida, aceptó en el acto la proposición, señalando por precio mil monedas de oro, que sin detención le pusieron en la mano. Yo pedí entonces a la reina, que pues ya era un humilde esclavo suyo, me concediese por primera gracia que Glumdalclitch, en quien había hallado siempre tanta atención, amistad y esmero, fuese admitida igualmente al honor de su servicio, continuando con el cargo de preceptora mía. Su Majestad condescendió, exigiendo también el consentimiento del labrador, que quedó tan contento de ver a su hija en palacio como ella de no separarse de mi lado. Por último, él se retiró, diciéndome al despedirse

que en buen sitio me dejaba, a lo cual le contesté silenciosamente con una gran cortesía.

Notó la reina la frialdad con que recibí el cumplimiento y despedida del labrador y, preguntándome la causa, respondí sin titubear a Su Majestad que no reconocía otra gracia en mi antiguo amo que la de no haber despachurrado con el pie a un anima-

temido mi muerte no me habría comprado Su Majestad tan barato. Pero que, como ya no hallaba lugar en mí el temor de ser tan desgraciado en lo sucesivo bajo la protección de una princesa tan grande y benigna, primer de la Naturaleza, admiración del mundo, delicia de sus vasallos y fenómeno de la creación, esperaba que los recelos de mi amo anterior saliesen



...llegó a la puerta un *slardral* o caballerizo del rey... (Pág 26.)

lito inocente hallado por casualidad en sus tierras, que este favor quedaba bien pagado con el provecho que había sacado exhibiéndome al público por dinero y con la suma que acababa de cobrar por mi venta; que mi salud estaba muy quebrantada por tanta esclavitud y continua obligación de divertir a la plebe a todas horas del día; que si mi amo no hubiera

vanos, pues que sentía ya mi espíritu recobrado del todo con el influjo de su muy augusta presencia; tal fué el resumen de mi discurso, pronunciado con bastantes barbarismos y no pocos temores.

La reina, disimulando con su bondad los defectos de mi arenga, quedó admirada de ver tanto valor y juicio en un animalejo tan pequeño: púso-



me sobre su mano y, sin detenerse, me llevó a presentarme al rey, que estaba entonces recogido en su gabinete. Su Majestad, príncipe muy serio y de semblante austero, no fijándose por el pronto en mi figura, preguntó secamente a la reina que desde cuándo se había aficionado a los *splacnucks* (pues me tuvo por un animalito de esta especie). Pero la reina, que era sumamente aguda, me puso de pie con mucho cuidado sobre el pupitre del rey y me mandó que dijese yo mismo a Su Majestad lo que era. Obedecí en muy pocas palabras, y Glumdalclitch, que se había quedado a la puerta del gabinete, no pudiendo sufrir que estuviese más tiempo separado de ella, entró, y añadió que me habían hallado en el campo.

El rey, que era un sabio a quien no

igualaba ninguno de los de sus Estados, que había pasado su juventud estudiando la filosofía y principalmente las matemáticas, cuando vió de cerca mi figura y ademanes, antes de haber principiado a hablar, discurreó que pudiese ser algún aparato de relojería (arte que en aquel país alcanzaba la suma perfección) construído por un ingenioso artífice. Pero luego que escuchó mi voz y advirtió que aquellos débiles ecos eran producidos con discernimiento racional, no pudo disimular su admiración y asombro.

Mandó llamar a tres famosos sabios que a la sazón prestaban en la corte su servicio semanal, según la costumbre de aquel país. Estos señores, después de haber examinado mi figura con mucho detenimiento, no pudieron

ponerse de acuerdo. Todos convenían en que no podía ser un legítimo y regular producto de la Naturaleza, porque carecía de capacidad natural para proteger mi vida, ya fuese por la agilidad, ya por la facilidad de trepar a los árboles, ya por la facultad de minar la tierra para hacer madriguera donde esconderme, como los conejos. Y habiendo observado mis dientes por largo rato, conjeturaron que era yo un animal carnívoro.

Uno de los filósofos apuntó la idea de que era yo un embrión o puro aborto. Pero esta opinión fué rechazada por los otros dos, que habían advertido que mis miembros eran perfectos y bien proporcionados, y que había vivido ya muchos años, como evidenciaba mi barba, examinada con auxilio de un microscopio. No quisieron

declararme siquiera enano, porque mi pequeñez no admitía comparación alguna, pues el enano favorito de la reina, que era el hombre más pequeño que se había visto jamás en el reino, tenía cerca de treinta pies de estatura. Por último, tras de mucho discutir, convinieron unánimemente en que yo era un *relplum scalcath*, lo cual, interpretado literalmente, quiere decir *lusus naturæ*; decisión muy conforme a la filosofía moderna de Europa, cuyos profesores, desdeñando el antiguo efugio de las *causas ocultas*, con que los sectarios de Aristóteles tratan de paliar su ignorancia, han inventado esta maravillosa decisión de todas las dificultades de la física. ¡Admirable progreso de la ciencia humana!

Pronunciada que fué esta conclusión



decisiva, se me permitió decir algunas palabras, y yo, mirando al rey, aseguré seriamente a Su Majestad que venía de un país donde mi especie vivía repartida en muchos millones de individuos de ambos sexos: que los animales, árboles y casas eran proporcionados a mi cuerpo, y que, por consiguiente, lograba allí la facultad de defenderme y alimentarme con todos los demás socorros y comodidades que podía disfrutar en sus Estados cualquier vasallo de Su Majestad. Esta respuesta dió lugar a una sonrisa desdeñosa de los filósofos, quienes dijeron que el labrador me tenía bien instruído y que yo no había aprendido mal la lección. Pero el rey, que estaba dotado de mejores luces, despidiendo a sus sabios, mandó buscar al labrador, que, por fortuna, no había salido todavía de la corte. Examinóle en particular, confrontó después su informe con el mío y con el de Glumdalclitch, y halló Su Majestad que cuanto yo le había referido podía ser cierto. Encargó a la reina que diese orden de que me cuidasen bien, y que continuase bajo la vigilancia y dirección de Glumdalclitch, porque había notado que nos queríamos mucho.

Mandó la reina a su ebanista que me hiciese un cajón que pudiese servirme de dormitorio con arreglo al modelo o idea que le diésemos mi directora y yo. El obrero no se distinguía por su actividad, y tardó tres semanas en fabricarme un cuarto de madera de diez y seis pies en cuadro y doce de altura, con sus ventanas, puertas, y dos gabinetes.

Otro obrero, excelente y célebre por el gusto con que fabricaba juguetes,

se encargó de hacerme dos sillas de una materia semejante al marfil, dos mesas y un armario donde poner mi ropa, y la reina mandó que al punto buscasen en todas las tiendas las telas de seda más fina para hacerme vestidos.

Aquella princesa gustaba tanto de mi conversación, que no podía comer como yo no estuviese presente. Me ponían una mesita sobre la de Su Majestad, y mi silla correspondiente, estando siempre Glumdalclitch al lado, puesta de pie sobre un taburete, para cuidarme.

También quiso el príncipe un día conversar conmigo durante la comida. Me preguntó acerca de las costumbres, religión, leyes, gobierno y literatura de Europa: di razón de todo como pude, y sobre cada cosa iba haciendo Su Majestad las reflexiones y observaciones más sabias que le dictaban su perspicaz talento y sólido juicio. Habiendo llegado a hablar de los dos partidos que dividen la Inglaterra, me preguntó si era yo *wigh* o *tory*: y volviéndose después hacia su primer ministro, que estaba detrás en pie con un bastón blanco en la mano, tan alto como el palo mayor del *Soberano Real*, exclamó: «¡Desdichada naturaleza humana! ¡Cuán poco montan tus grandezas, cuando unos viles insectos quieren tener también ambición y gozar de jerarquías y distinciones entre ellos! Tienen andrajos con que cubrirse, vivares, jaulas y cajones que llaman alcázares y palacios; equipajes, libreas, títulos, empleos, ocupaciones y pasiones como nosotros. Entre ellos existen el amor, el odio, el engaño y la traición como aquí.»



De esta suerte filosofaba Su Majestad acerca de lo que le había referido de Inglaterra, y yo estaba ardiendo de indignación y coraje al ver a mi patria, la maestra de las artes, la reina de los mares, la árbitra de Europa, la gloria del Universo, tratada con tanto menosprecio.

Pero nada me incomodaba ni ofendía tanto como un enano que tenía la reina, el cual, siendo de una talla nunca vista en aquel país, se hizo tan insolente desde que vió otro hombre mucho más pequeño que él, que no podía contenerse. Me miraba con soberano y singular desprecio, y no cesaba de burlarse de mi figurita. Yo no tenía otro desquite que llamarle hermano; mas era tanta su malignidad, que un día, mientras comían, estuvo esperando verme descuidado, y

agarrándome por medio del cuerpo, me precipitó en un plato de leche y echó a correr. Quedé sumergido hasta las orejas, de suerte que; si no hubiera sido un nadador excelente, me habría ahogado sin remedio. Glumdalclitch había pasado por casualidad al otro extremo del cuarto, y la reina, consternada del suceso, no tuvo ánimo para socorrerme. Acudió al instante mi preceptora; pero, por pronta y diestramente que procuró sacarme, ya había tragado yo más de una azumbre de leche. Me llevaron a la cama, y no resultó más daño que la pérdida del vestido, que quedó del todo inservible. El enano sufrió unos crueles azotes, cuyo castigo presencié con cierta complacencia.

Quiero hacer ahora una pequeña descripción de aquel país, que en par-

te recorrí acompañando a los reyes, durante mi estancia en él. Tiene aquel territorio unas seis mil leguas de longitud y de tres mil a cinco mil de anchura, de donde infiero que nuestros geógrafos europeos se equivocan en creer que no hay sino mar entre el Japón y California. Yo siempre imaginé que debía haber por aquel lado un gran continente que sirviese de contrapeso al gran continente de Tartaria: así, pues, es preciso corregir los mapas y unir esta vasta extensión de tierra a la parte noroeste de América, para lo cual me ofrezco a ayudar con mis luces a los geógrafos. Aquel reino es una península terminada por la parte del Norte en una cadena de montañas que tienen cerca de treinta millas de altura, y todas son inaccesibles a causa de los volcanes que abundan en su cresta.

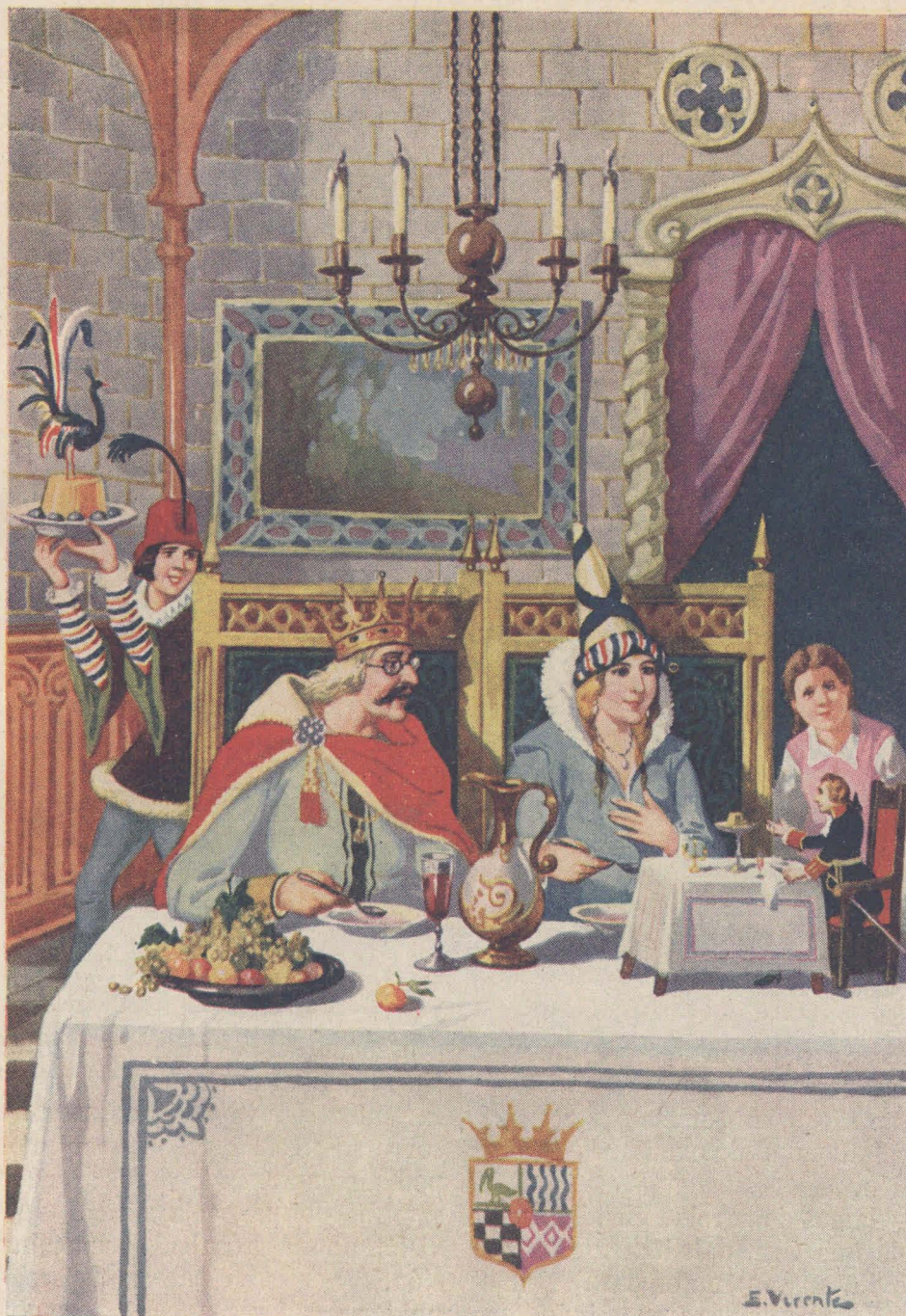
Los más sabios ignoran qué especie de mortales son los que habitan al otro lado de aquellas montañas, o si acaso esa parte está desierta. No se encuentra un puerto en todo el reino, y aquellos parajes de la costa por donde los ríos entran en el mar, están tan cubiertos de rocas altas y escarpadas, y el mar suele mostrarse allí tan agitado, que apenas hay hombre que se atreva a abordar a tales sitios: de modo que aquellos pueblos están privados de todo comercio con el resto del mundo. Sus ríos principales abundan en pesca excelente; pero, ¿de qué les sirve eso a aquellas gentes si los peces, aun los marinos, son del mismo tamaño que los de Europa, y a juicio de los naturales no merecen la pena de pescarlos, de donde se evidencia que la Naturaleza, en sus producciones de

plantas y animales tan enormes, se limitó absolutamente al continente, sobre cuyo punto me remito a los filósofos? Sin embargo, alguna que otra vez suelen pescar en la costa ballenas, de cuya carne se alimenta la plebe, y la tienen por regalo. Vi una tan grande que apenas podía llevarla sobre sus hombros un natural del país. También las envían en canastos por curiosidad a Lorbrulgrud, y aun me acuerdo de otra que presentaron sobre un plato en la mesa del rey.

El país está bien poblado, pues comprende cincuenta y una ciudades, cerca de cien villas cerradas, y un número mayor de aldeas y alquerías. Para cumplir con el lector curioso, creo bastará la descripción de Lorbrulgrud. Esta ciudad está situada junto a un río que la atraviesa y divide en dos partes casi iguales, en que se cuentan más de ochenta mil casas, y en ellas casi seiscientos mil habitantes. Tiene de largo tres *glonglungs* (que hacen unas cincuenta y cuatro millas inglesas) y dos y medio de ancho, según la medida que tomé en el mapa real, levantado de orden de Su Majestad, el cual extendieron en el suelo, y como tenía cien pies de longitud, pude pasearme perfectamente por él.

El palacio del rey no es un edificio regular, sino más bien un conjunto de edificios de cerca de siete millas en circuito; las salas principales tienen doscientos cuarenta pies de altura y su longitud y anchura están en proporción.

Para que Glumdalelitch y yo saliésemos a ver la ciudad y sus edificios, nos destinaron un coche que, si no



Me ponían una mesita sobre la de Su Majestad... (Pág. 30.)

yerra mi cálculo, era de grande como un salón de Wéstminster o poco menos, aunque no tan alto. Un día fuimos parando ante diferentes tiendas, y, aprovechando la ocasión, los mendigos acudían en tropel a las portezuelas. Jamás vió ojo inglés espectáculo tan espantoso. Allí había de todo: hombres lisiados, contrahechos, su-

ponían desnudo de pies a cabeza, para contemplarme mejor, y luego me agasajaban poniéndome en su pecho y haciéndome mil caricias. Pero ninguna de aquellas damas tenía el cutis tan fino como Glumdalcritch.

Todo esto, a mi modo de entender, lo hacían por tratarme sin ceremonia, como a una criatura de la que nada



cios, mal vestidos, cubiertos de llagas, tumores y parásitos, y todo aquello me parecía de proporciones gigantescas; hágase cargo el lector de la impresión que me causarían semejantes cosas, y tenga la bondad de excusarme la descripción.

Las damas de la reina gustaban mucho de que Glumdalcritch me llevase consigo a sus aposentos para tener el gusto de entretenerse examinándome de cerca y hacerme fiestas. A veces me

había que temer, por lo cual tampoco tenían reparo en desnudarse en mi presencia hasta quitarse la camisa, sin respeto al pudor y la buena crianza, mientras yo solía estar enfrente sobre su tocador, y, a pesar mío, no podía excusarme de verlas; digo a pesar mío porque, a la verdad, aquella visión no me causaba la menor impresión. Su cutis me parecía áspero, desunido y de diferentes colores, sembrado de manchas tan grandes como platos:

sus largos cabellos colgaban al modo de una madeja de cuerdas, y por este orden veía toda la deformidad de su cuerpo, debiendo sacar por conclusión que la hermosura de las mujeres que nos hace tanta impresión, no es más que una cosa imaginaria, pues no hallaríamos diferencia de nuestras europeas a aquéllas, si nuestros ojos fueran microscopios. Suplico al bello sexo de mi país que no tome a mal esta reflexión. Poco importa a las bonitas parecer feas a la perspicaz vista que nunca las ha de observar. Nada he dicho de nuevo para los filósofos; pero éstos tienen los ojos lo mismo que los demás: a la vista de una hermosura se olvidan al instante de su filosofía.

La reina, que me hablaba a menudo de mis viajes por mar, buscando siempre ocasiones de divertirme si estaba melancólico, me preguntó un día si sabía manejar una vela y un remo, y si sería conveniente para mi salud practicar algún ejercicio de esta especie. Respondí que entendía bastante de ambas cosas; que aunque mi profesión había sido la de cirujano, esto es, médico de navío, me había visto muchas veces precisado a trabajar como marinero; pero que ignoraba de qué modo se practicaba esto en aquel país donde el barco más pequeño equivalía a un navío de guerra de primer orden de los nuestros, además de que un buque proporcionado a mi cuerpo y fuerzas no podía flotar mucho tiempo en sus ríos, ni yo solo gobernarle. Entonces me dijo Su Majestad que, si yo quería, su armador me haría una barquita, y que no me faltaría paraje donde poder navegar. Con efecto, le di el modelo, y

en diez días me construyó un navío pequeñito con todos sus cordajes, capaz de contener cómodamente ocho europeos. Luego que estuvo acabado, dió orden la reina al armador de que fabricase una artesa de madera de trescientos pies de largo, cincuenta de ancho y ocho de profundidad, bien embetunada, la cual hizo colocar en el suelo de un patio exterior del palacio a lo largo de la pared. Para renovar el agua, tenía su llave a nivel del fondo, y en cosa de media hora podían muy bien volverla a llenar un par de criados. De esta suerte me proporcionaron el recreo de poder navegar para mi diversión y la suya, pues tanto la reina como sus damas manifestaban mucho gusto al ver mi destreza y agilidad. Alguna que otra vez desplegaba mi vela, y me ponía a gobernar la embarcación, mientras que las damas me daban viento con sus abanicos, y, cuando se cansaban, los pajes impulsaban y hacían caminar el navío a soplos para que yo luciese mi habilidad a estribor o babor, según me acomodaba. Y, concluída la maniobra, Glumdalclitch llevaba el navío a su gabinete y le colgaba de un clavo para que se enjugase.

En este ejercicio sobrevino un día cierto accidente que pudo costarme la vida. Una criada de Glumdalclitch tuvo la gracia de cogerme para pasarme al navío, que estaba ya en el agua, y, dejándome escurrir entre sus dedos, hubiera caído infaliblemente de una altura como de cuarenta pies, si no tengo la fortuna de tropezar en la cabeza de un grueso alfiler con que llevaba prendido su delantal, del cual quedé colgado por la pretina de los cal-



...y me ponía a gobernar la embarcación... (Pág. 35.)

zones, hasta que Glumdalclitch acudió a socorrerme.

En otra ocasión, uno de los mozos encargados de renovar el agua de la artesuela cada tres días, no vió una rana enorme que iba dentro del cubo, la cual estuvo escondida hasta que entré con mi embarcación, y hallando entonces un sitio a propósito donde poder descansar, saltó sobre ella, y la inclinó tanto, que si no acudo prontamente a hacer contrapeso del otro lado, sin remedio se hubiera hundido: pasé no pocos apuros hasta que, por último, pude ahuyentar a aquel enorme animal a golpes de remo.

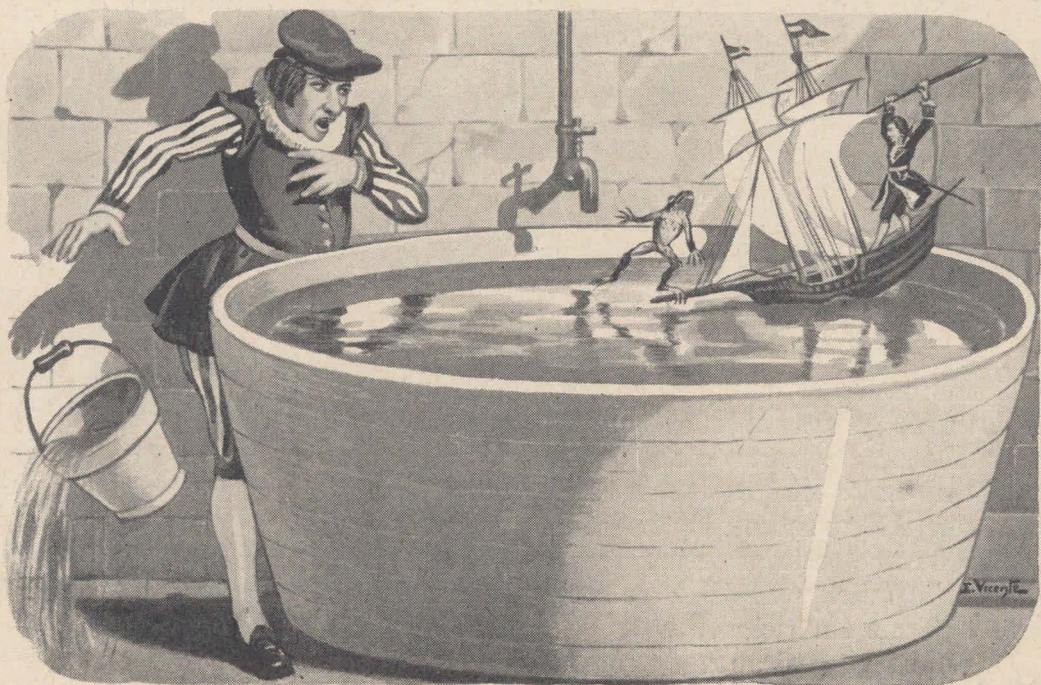
Pero el mayor de los peligros en que me vi en aquel reino fué el que voy a referir. Glumdalclitch había salido a hacer una visita o alguna otra dili-

gencia, dejando echado el pestillo de la sala donde estaba mi cajón y abiertas todas las ventanas, porque hacía un calor sofocante. Yo me había sentado junto a mi mesa bastante pensativo y melancólico, cuando me sorprendió un ruido fuerte, que sonaba ya a una parte ya a otra. Aunque con recelo, tuve valor para indagar qué era aquello sin abandonar mi puesto. ¡Cuál no fué mi pavor al ver un caprichoso animal que, habiendo entrado por la ventana, no cesaba de hacer cabriolas por todo el aposento, y acercándose a mi jaula, y mirándola con apariencias de gusto y curiosidad, fué asomando la cabeza a todas mis ventanas! Llegó a la puerta, y, a pesar de mis esfuerzos para retirarme a lo más interior, sin presen-

cia de ánimo para haberme escondido debajo de la cama, que era el mejor asilo, no pude evitar que me viese. El pícaro animal, que era nada menos que un mono del país, después de mil gestos y cabriolas, metió una mano por la puerta, al modo de un gato que juega con un ratoncillo, y agarrándome por los faldones de la casaca (que, como era de tela del país, tenía demasiada resistencia) me sacó fuera. Me tomó en brazos, reclinándome sobre su pecho, como madre que amamanta a su hijo, y pasándome la mano por la cara con mucha suavidad, me trataba como si yo fuera un monito recién nacido. Lo mismo he visto hacer a otro en mi país con un gato pequeño, pero me apretaba tanto cuando protestaba yo de sus fi-

nezas, que consideré preferible pasar por todo cuanto se le antojase hacer conmigo.

Asustado de un repentino ruido que sonó hacia la puerta del cuarto, como de alguien que la abría, saltó prontamente a la ventana por donde había entrado, y de allí al alero del tejado inmediato, sin parar hasta lo más alto, desde donde escuché los lastimeros clamores de Glumdaleclitch, que parecía loca. Todo aquel sector de palacio estaba alborotado; los criados corrían a buscar escaleras, y mi mono, con gran serenidad, sentado en la cumbre del edificio, a la vista de mil cabezas, me tenía en sus brazos como a un niño, embutiéndome en la boca por fuerza algunas viandas que había podido tomar en la cocina. La gente

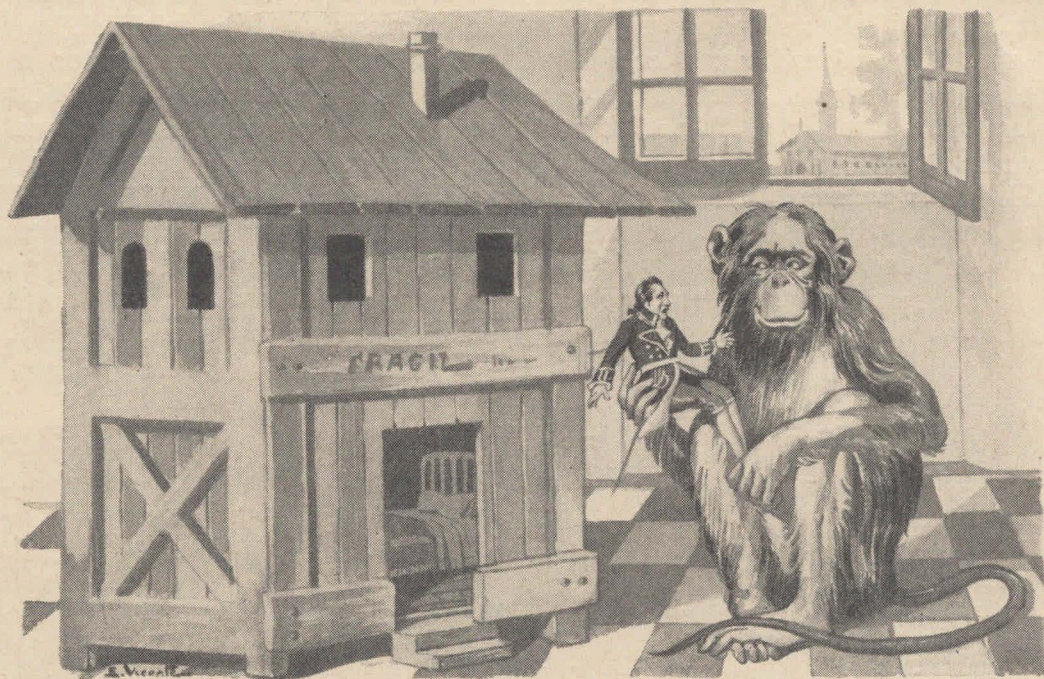


...por último, pude ahuyentar a aquel enorme animal a golpes de remo. (Pág. 36.)

que me miraba celebraba todo esto como una gracia, o como una fiesta que otro paga; y, a la verdad, excepto para mí, el espectáculo era gracioso. Algunos tiraban piedras por ver si bajaba el mono, pero tuvieron que dejarlo por no romperme la cabeza.

Trajeron finalmente las escaleras, y

aya me hizo vomitarlas y tomé aliento. Los abrazos de aquella fiera me dejaron tan quebrantado y débil, que me fué preciso guardar cama quince días, durante los cuales el rey y toda la corte enviaban recado diariamente a saber el estado de mi salud, y la reina me hizo varias visitas. El mono fué condenado a muerte; y,



...me trataba como si yo fuera un monito recién nacido. (Pág. 37.)

subiendo bastantes hombres, el mono se intimidó y desamparó el puesto, dejándome caer en una canal del tejado. Uno de los lacayos de mi protectora, que era un mozo muy honrado, trepando como pudo, me recogió y me puso en la faltriquera de los calzones para bajarme sin riesgo.

Ya estaba yo casi ahogado con las porquerías que el mono me había embutido en el gáznate; pero mi buena

ejecutada la sentencia, se expidió un real decreto para que, desde entonces, ninguna persona pudiese mantener semejantes animales en las inmediaciones de palacio. La primera vez que salí a visitar al rey, después de recobrada mi salud, me dispensó Su Majestad el honor de gastarme algunas bromas sobre esta aventura; me preguntó cuáles eran mis sentimientos y reflexiones mientras esta-

ba en brazos del mono; qué gusto tenían las viandas que me daba, y si el aire fresco que respiraba sobre el tejado no me había excitado el apetito. Por último, me instó a que le dijese qué hubiera hecho en igual lance allá en mi país. Respondí a Su Majestad que en Europa no teníamos monos, a menos que los trajesen

cuarto, le hubiera dado una cuchillada tan fuerte, que acaso la hubiera retirado con más prontitud que la metió. Esforzaba yo mi discurso con un tono firme, como de una persona celosa de su honor, que se ve ofendida; mas, todo el aplauso que consiguió mi entusiasmo fué una gran carcajada, que ni la respetable presencia de



...trepando como pudo, me recogió. (Pág. 38.)

de países extranjeros, y que éstos eran tan pequeños, que no se hacían temibles: pero que respecto a aquella bestia feroz de mi aventura (que, a la verdad, abultaba tanto como un elefante), si el pavor me hubiera permitido hacer uso de mi sable (decía yo esto con arrogancia, poniendo la mano sobre la guarnición) cuando introdujo la mano por la puerta de mi

Su Majestad pudo reprimirla en los que le acompañaban. Aquello me inspiró amargas reflexiones acerca de lo que es la villanía del hombre cuando puede hacer valer su superioridad ante el inferior, que no puede competir ni compararse con él, aun cuando ya lo había observado muchas veces en Inglaterra, donde un hombrezuelo, que no es nadie, se ensalza y vanagloria,



...hacía que me llevarsen frecuentemente a su gabinete dentro de mi jaula. (Pág. 43.)

hace de personaje y trata de un modo dominante a todos los principales del reino, sólo porque tiene algún talento.

Era muy raro el día en que no había que contar en la corte alguna aventura mía, y Glumdalclitch, aunque me quería infinito, era la primera en llevar la noticia de mis hechos a la reina, sabiendo cuánto la divertían. Por ejemplo, una tarde en que salimos a paseo, me llevaba en su coche dentro de mi cajón de viaje, y para que hiciese ejercicio, mandó parar y me puso en el suelo: había al pie un excremento de vaca, y yo, queriendo hacer ostentación de mi ligereza, fuí a saltar por encima y caí en medio. Quedé sumergido en basura hasta las rodillas, sin poder salir del atolladero;

un lacayo me ayudó y me limpió después con su pañuelo; pero al instante lo supo la reina, y los mismos criados lo divulgaron por todo el pueblo.

IV

DIFERENTES INVENCIONES DEL AUTOR PARA AGRAVAR A LOS REYES. — EL REY SE INFORMA DEL ESTADO DE EUROPA, CUYA RELACIÓN HACE EL AUTOR. — OBSERVACIONES DE SU MAJESTAD SOBRE ESTE TEMA.

Tenía la costumbre de asistir al cuarto del rey mientras le vestían, una o dos veces por semana, y con este motivo vi afeitarse en varias ocasiones, con bastante temor al principio, porque la navaja era casi dos veces más larga que una guadaña. No



se hacía afeitar Su Majestad más que dos veces por semana, según la costumbre del país. Ocurrióseme la idea de pedir al maestro barbero algunos despojos de la barba de Su Majestad, y, habiéndomelos dado, tomé un pedacito de madera, le hice muchos agujeritos a distancias iguales con una aguja, clavé en cada uno un pelo de la barba con suma destreza y me proveí de un peine, que me hacía bastante falta, porque el que llevé estaba ya muy estropeado y casi inútil, sin que hubiese podido encontrar en todo el país un artesano capaz de hacerme otro.

También me acuerdo de otro entretenimiento que me propuse por aquel tiempo. Encargué a una de las camareras de la reina que recogiese aquellos cabellos más finos que cayesen de la cabeza de Su Majestad cuando la peinasen. Junté una cantidad considerable, y consultando al ebanista, que tenía orden de hacer todas las obras menudas que yo le mandase, le di mis instrucciones para que me fabricase dos canapés del mismo tamaño que los que tenía en mi cajón, y que después con una lezna fina les abriese muchos agujeritos todo alrededor. Luego que estuvieron armados, tejí el fondo con los cabellos de la reina, pasándolos por los agujeros, y formé dos canapés semejantes a los de junco de que nos servimos en Inglaterra. Tuve el honor de presentarlos a la reina, que los puso dentro de una papelera como una cosa curiosísima.

Quiso hacerme sentar en uno de ellos, pero yo me excusé, alegando que no era tan insolente y temerario

que profanase así unos respetables cabellos que acababan de adornar la cabeza de Su Majestad. Lo que sí hice fué tejer con los cabellos sobrantes un bolsillo de unos cinco pies de largo, pues tenía bastante ingenio para la mecánica; le puse el nombre de la reina en letras de oro, y con el permiso de Su Majestad lo regalé a Glumdalclitch.

El rey, que era muy aficionado a la música, hacía celebrar frecuentes conciertos, a que yo asistía metido en mi cajón; de otro modo, no hubiera podido sufrir aquel estruendo, tan grande, que jamás pude distinguir, en medio de él, los sonidos. Todos los tambores y trompetas de un ejército, tocados a un tiempo, junto a nuestro oído, no serían capaces de causar tanto estrépito; pero yo tenía cuidado de encargar que colocasen mi cajón distante de los señores músicos: cerraba bien todas las puertas, echaba las cortinas, y con esta precaución, no me parecía la orquesta tan desagradable.

En mi juventud me había dedicado un poco al clavicordio. Glumdalclitch tenía una espineta en su cuarto, donde le daba lección un maestro que acudía dos veces por semana. Ocurrióseme un día la idea de divertir a los reyes ejecutando un aire inglés en aquel instrumento; pero hallé suma dificultad, porque su longitud era de sesenta pies y cada tecla de un pie de anchura, de suerte que, extendiendo bien los brazos, apenas alcanzaba cinco teclas, y para hacerlas sonar, tenía que emplear toda mi fuerza a puño seco sobre ellas. Preparé dos palos del grueso de un garrote ordinario, y recubrí el extremo de cada uno de ellos con

piel de ratón; delante de la espineta mandé poner un banco, subí encima, y, corriendo por él con toda la ligereza imaginable, descargaba los barrote sobre el teclado, y así conseguí tocar una danza inglesa a entera satisfacción de Su Majestad; mas, no puedo menos de confesar que jamás tuve que hacer un ejercicio tan violento y penoso.

parecía digno de las excelentes cualidades que adornaban su alma; que la razón era independiente del tamaño del cuerpo, y que, antes bien, habíamos observado en nuestro país que las personas de mayor talla no eran regularmente las más ingeniosas; que entre los animales, la abeja y la hormiga gozaban la reputación de ser los



El rey que, como he dicho, era un príncipe de mucho entendimiento, hacía que me llevasen frecuentemente a su gabinete dentro de mi jaula. La ponían sobre su bufete, y después me mandaba que saliese y me sentase en mi silla al nivel de su cara. En esta disposición, sosteníamos diferentes pláticas. Un día me tomé la libertad de manifestar a Su Majestad que el menosprecio que parecía inspirarle Europa y el resto del mundo no me

más industriosos y sagaces; y, en fin, que por mucho desprecio que hiciese de mi figura, esperaba, no obstante, rendir grandes servicios a Su Majestad. El rey me escuchó con atención, y mirándome de distinto modo que antes, parecía no querer ya medir mi espíritu por mi talla.

Me mandó que le diese una explicación exacta acerca del gobierno de Inglaterra, y me dijo que por muy encañado que estuviese (como es natural

que estén todos los príncipes) con sus propias costumbres, tendría mucho gusto en saber si había en mi país alguna cosa que imitar. Considere mi amado lector cuánto hubiera celebrado yo en este lance ser un Demóstenes o un Cicerón, para poder, con su talento y elocuencia, pintar dignamente a Inglaterra, mi patria, inspirando la más alta idea de ella.

Principié mi relación describiendo nuestros Estados, diciéndole que consistían en dos islas, que formaban tres poderosos reinos, bajo un solo soberano, sin contar nuestras colonias de América. Me extendí cuanto pude sobre la fertilidad del terreno y temple del clima. Expliqué luego la constitución del Parlamento inglés, formado en parte por una ilustre corporación llamada Cámara de los Pares; personajes de la sangre más noble, antiguos poseedores, y señores de las más bellas tierras del reino. Describí el esmero con que se los educaba en las ciencias y en las armas, para hacerlos capaces de poder ser consejeros natos del rey y del reino, de tener parte en la administración del gobierno, de ascender a miembros del más alto Tribunal de Justicia y ser los defensores más celosos de su príncipe y de la patria por su valor, conducta y fidelidad. Dije que estos señores eran el ornato y seguridad del reino, dignos sucesores de sus antepasados, cuyos honores habían sido la recompensa de una virtud insigne, y cuya posteridad jamás se había visto degenerar: que a estos personajes estaban unidos algunos santos varones, que ocupaban su puesto entre ellos con el título de obispos, y cuya obligación

particular era velar sobre la religión y sobre aquellos que la predicaban al pueblo; que se buscaban y escogían entre el clero los hombres más sabios y virtuosos para elevarlos a esta dignidad eminente.

Proseguí diciendo que la otra parte del Parlamento era una respetable asamblea llamada la Cámara de los Comunes, que se componía de los principales ciudadanos, elegidos libremente y diputados por el pueblo mismo, con atención a sus luces, talento y amor a la patria, puesto que debían representar la sabiduría de toda la nación; y añadí que estos dos cuerpos formaban la más augusta asamblea del Universo, que, de acuerdo con el príncipe, lo disponían todo y arreglaban en algún modo el destino de los demás pueblos de Europa.

Hablé luego de los Tribunales de Justicia, donde tienen su asiento los verdaderos intérpretes de la ley, que deciden en los diferentes litigios de los particulares, que castigan el delito y protegen la inocencia. No pasé por alto la discreta y económica administración de la real hacienda, extendiéndome también sobre el valor y hazañas de nuestros guerreros por mar y tierra. Computé el número de habitantes de nuestro pueblo, contando los millones de hombres que había de diferente religión y de diferente partido político entre nosotros. Nada omití, ni de nuestros juegos y espectáculos, ni particularidad ninguna que juzgase capaz de poder dar honor a mi país, concluyendo con una breve relación histórica de las últimas revoluciones de Inglaterra de cerca de un siglo a esta parte.

Cinco audiencias seguidas, y cada una de muchas horas, duró mi descripción, y el rey, atento a todo, con grande aplicación iba tomando notas mientras yo hablaba, redactando una especie de cuestionario para no olvidarse de las preguntas que pensaba hacerme luego.

Cuando hube acabado mi relación, examinando Su Majestad en una sexta audiencia sus notas, me expuso muchas dudas y me hizo serias objeciones sobre cada cuestión. Lo primero que me preguntó fué cuáles eran los medios ordinarios de cultivar el espíritu de nuestra noble juventud; qué medidas se tomaban cuando una casa ilustre llegaba a extinguirse, cosa que debía suceder de tiempo en tiempo; qué cualidades necesitaban los que habían de ser creados nuevos pares; si el capricho del príncipe, una suma de dinero presentada ex profeso a una dama de la corte o a un favorito, o el designio de fortificar un partido opuesto al bien público, no eran nunca el motivo de estas promociones; hasta qué punto conocían los pares las leyes de su país, y de qué modo se hacían capaces de decidir en última instancia sobre los derechos de sus compatriotas; si estaban siempre exentos de avaricia y de preocupaciones; si aquellos santos obispos, de quienes había hablado, llegaban generalmente a tan alta jerarquía por su ciencia teológica y por su vida ejemplar, sin nota de flaquezas, ni intrigas, del tiempo en que habían sido unos simples sacerdotes; si eran atendidos los familiares de los pares, por respeto a su influjo, y después seguían ciegamente la opi-

nión de éstos, sirviendo a su preocupación y pasiones en la asamblea del Parlamento.

Quiso saber cómo procedían a la elección de los que yo llamaba los Comunes: si un incógnito con un bolsillo bien lleno de oro no podía alguna vez ganar el voto de los electores, haciéndose preferir a su propio amo o a los principales y más distinguidos ciudadanos de su vecindad; qué los obligaba a una pasión tan violenta, cuando la elección a que aspiraban no les atraía otra cosa que crecidos gastos sin renta alguna, pues era preciso que estos electos fuesen hombres completamente desinteresados y de una virtud heroica y eminente, o que contasen con ser indemnizados y reintegrados con usura por el príncipe o sus ministros, sacrificándoles al bien público. Me presentó Su Majestad sobre este punto dificultades tan insuperables, que la prudencia no me permite repetir las.

Acerca de los Tribunales de Justicia, quiso también Su Majestad informarse de varios puntos, y sobre esto podía yo instruirlo con perfecto conocimiento de causa, pues en cierta ocasión me vi casi arruinado por un largo pleito, a pesar de haberlo ganado con costas. Preguntó cuánto tiempo gastaban ordinariamente para dejar un asunto concluso para sentencia; si eran costosos los procesos; si los abogados tenían la libertad de defender causas manifiestamente injustas; si no se había notado alguna vez que el espíritu de partido o religión hiciese inclinar la balanza; si estos abogados no tenían algún conocimiento de los principios fundamentales y leyes

generales de la equidad, o si se contentaban con saber las leyes arbitrarias y costumbres locales del país. Si ellos o los jueces tenían poder para interpretar las leyes y comentarlas, y si los litigantes y las sentencias se contradecían alguna vez entre sí en un mismo caso.

Por último, me hizo algunas preguntas sobre la administración de la real hacienda, y me dijo que creía que mi memoria me había fallado en este punto, porque yo había limitado los impuestos a cinco o seis millones por año, y, según sus notas, los gastos del Estado subían bastante más y excedían en mucho a los ingresos.

No podía concebir, decía él, cómo un reino se atrevía a gastar más que lo que importaban sus rentas, y comerse su hacienda como un particular. Me preguntó qué tales eran nuestros acreedores, de dónde sacábamos para pagarles, y si no observábamos con ellos las leyes de la Naturaleza, de la razón y de la equidad. Estaba asombrado de los pormenores que le había dado de nuestras guerras y los exorbitantes gastos que exigían.

—A la verdad — decía —, es preciso que seáis un pueblo muy inquieto y pendenciero, o que tengais perversos vecinos. ¿Qué tenéis que disputar fuera de vuestras islas? ¿Debéis tratar allí otros negocios más que los de vuestro comercio, ni pensar en nuevas conquistas, no contentos con guardar bien vuestros puertos y costas?

Pero lo que más le admiraba era que estuviésemos manteniendo un ejército mercenario en plena era de paz y siendo un pueblo libre. Decía que si estábamos gobernados por nuestro

propio consentimiento, no podía entender de qué teníamos miedo o con quién podíamos reñir, pues la casa de un particular estaría mejor guardada por él mismo, sus hijos y criados, que no por una tropa de pícaros y bribones, sacados por suerte de la hez del pueblo por un sueldo tan corto, que podía ganarse cien veces más cortándonos el cuello.

Rió mucho de mis conocimientos en aritmética (como á él se le antojó llamar mis cálculos) cuando me oyó calcular el número de personas, con distinción de las diferentes sectas religiosas y políticas que hay entre nosotros.

Notó que entre los entretenimientos de nobles y burgueses había mencionado el juego. Mostróse curioso por saber en qué edad usaban comúnmente de esta diversión y cuándo la dejaban: cuánto tiempo le consagraban y si no alteraba algunas veces la fortuna de los particulares, haciéndolos acaso incurrir en acciones bajas e indignas. Preguntóme si algunos hombres, viles o despreocupados, no podían, en ocasiones, por su destreza en hacer fullerías, adquirir grandes riquezas, tener a nuestros mismos nobles en una especie de dependencia, acostumarlos a malas compañías, extraviarlos enteramente de la cultura de su espíritu y del cuidado de sus negocios domésticos, y obligarlos por las pérdidas que podían sufrir a aprender a servirse acaso de esta misma infame destreza que los había arruinado.

La relación que le había hecho de nuestra historia en el último siglo le había pasmado en extremo: esto no era, en su opinión, otra cosa que un encadenamiento horrible de conjura-



ciones, rebeliones, homicidios, destrucciones, revoluciones, destierros y todos los más execrables efectos que la avaricia, el espíritu de facción, la hipocresía, la perfidia, la crueldad, la ira, la locura, el rencor, la envidia, la malicia y la ambición podían producir.

En otra audiencia se tomó Su Majestad el trabajo de resumir lo más substancial de todas nuestras conferencias, cotejando sus preguntas con mis respuestas. Después me cogió en sus manos y, lisonjeándome con mucha dulzura, se explicó con estas palabras, que no olvidaré jamás, como tampoco el tono en que las decía:

—Mi amiguito *Grildrig*, sabed que habéis hecho un panegírico admirable de vuestro país: habéis probado perfectamente que la ignoran-

cia, la pereza y el vicio pueden ser alguna vez las únicas cualidades del legislador, y que las leyes son preferentemente aclaradas, interpretadas y aplicadas por aquellos cuyo interés y capacidad los guía a corromperlas, embrollarlas y alterarlas. Advierto entre vosotros una constitución de gobierno que en su origen pudo ser tolerable y hoy se halla totalmente desfigurada por el vicio. Tampoco puedo inferir, por lo que me habéis referido, que ni una sola virtud sea requisito necesario para desempeñar ningún cargo ni empleo entre vosotros. Yo veo que los hombres no se ennoblecen allí por su espíritu; que los sacerdotes no son ascendidos por su piedad o su sabiduría, los soldados por su conducta y valor, los jueces por su integridad, los senadores por el amor a la patria, ni

los hombres de Estado por su talento. Bien creo, por lo que a vos toca—continuó diciendo—, que habiendo pasado la mayor parte de vuestra vida viajando, no estaréis infestado de los vicios del país: pero, por lo que me habéis declarado francamente, y por las respuestas a que os han obligado mis objeciones, juzgo que vuestros compatriotas forman en su mayoría una odiosa raza de gusanos, los más perniciosos que jamás permitió la Naturaleza que se arrastrasen sobre la superficie de la tierra.

V

CELO DEL AUTOR POR EL HONOR DE SU PATRIA. — HACE AL REY UNA PROPOSICIÓN VENTAJOSA QUE NO ES ADMITIDA. — LITERATURA DE ESTE PUEBLO, IMPERFECTA Y LIMITADA. — SUS LEYES, SUS NEGOCIOS MILITARES Y SUS PARTIDOS EN EL ESTADO.

El amor a la verdad no me ha consentido disfrazar las conferencias que tuve con Su Majestad. Pero este mismo amor no pudo menos de sublevarme cuando vi a mi amado país tan indignamente tratado. Entretanto, yo desfiguraba las cuestiones y daba a cada cosa el mejor color que podía, pues cuando se trata del honor de mi patria y de su gloria, me exalto de tal modo que no escucho razones, y sólo atiendo a ocultar sus lacerias y llagas, para dejar su virtud y su esplendor luciendo sobre el más claro horizonte, como fué todo mi intento en las diferentes conversaciones con aquel juicioso monarca, bien que con la desgracia de no conseguir mi objeto.

Pero es preciso dispensar a un rey que vive absolutamente separado del resto del mundo, y, por consiguiente, ignora los usos y costumbres de las otras naciones. Esta falta de conocimiento será siempre la causa de muchos prejuicios y de cierta limitación en el modo de pensar, de que están exentos los países de Europa. Sería muy ridículo que las ideas de virtud y vicio de un príncipe extranjero y aislado fuesen propuestas como reglas o máximas imitables.

Para confirmar lo que acabo de decir y hacer patentes los menguados efectos de una educación restringida, referiré aquí un caso que quizás no podrá creer mi lector sin esfuerzo. Tratando de ganarme la gracia de Su Majestad, quise darle noticia de un descubrimiento hecho hace tres o cuatro siglos y consistente en una especie de polvo negro, capaz de encenderse en un instante con la chispa más débil, pero, de tanta fuerza, que alcanzaba a hacer volar las montañas, con un estruendo y destrozo mayor que el del trueno; que una cantidad de este polvo, encerrado en un tubo de bronce o de hierro, según su grueso, arrojaba una bola de plomo o un globo de hierro con tanta rapidez y violencia, que nada se resistía a su fuerza. Que estos globos disparados así de un tubo de fundición, por la inflamación de dichos polvos, rompían, destrozaban y destruían los batallones y escuadrones, abatían las más fuertes murallas, levantaban en el aire las torres más grandes, y sumergían los navíos de mayor porte: que el mismo polvo, encerrado en un globo de hierro y despedido con cier-

ta máquina, quemaba y asolaba las casas, sembrando por todos lados rayos que consumían cuanto encontraban. Que yo conocía la composición de este polvo, en que sólo entraban algunos simples muy comunes y baratos, y que podía enseñar el secreto a sus vasallos, si Su Majestad lo consentía. Añadí que con este arbitrio destruiría las murallas de la ciudad más fuerte de su reino, si acaso se sublevaba en algún tiempo o intentaba resistirse, y que le hacía este corto presente como un insignificante tributo de mi reconocimiento.

Hizo tanta impresión en el ánimo del rey mi descripción de los terribles efectos de la pólvora, que no podía comprender cómo un insecto vil, flojo, inútil y arrastrado había discurrendo una cosa tan espantosa, tratándola al mismo tiempo de un modo familiar como si fuera una bagatela la desolación y carnicería causada por tan pernicioso invento. Añadía que no podía menos de haber sido algún mal intencionado enemigo de Dios y de sus obras, cualquiera que fuese el inventor; que rechazaba, aun cuando hiciesen sus mayores delicias, los nuevos descubrimientos, ya de la Naturaleza o ya del arte, prefiriendo la pérdida de su corona a la necesidad de hacer uso de un secreto tan funesto, y que me imponía pena de la vida si lo revelaba a alguno de sus vasallos. ¡Lastimoso efecto de la ignorancia y limitación de un príncipe sin ilustración! Aquel monarca adornado de todas las cualidades que granjean la veneración, el amor y estimación de los pueblos; poseedor de un espíritu fuerte y penetrante, nutrido de gran sabi-

duría, de profunda ciencia, dotado de talentos admirables para el gobierno y casi adorado por su pueblo, se ve neciamente poseído de un sutil e innecesario escrúpulo de que jamás hemos tenido la menor idea en Europa, y desprecia una ocasión que le ponen en las manos para hacerse dueño absoluto de la vida, libertad y hacienda de todos sus enemigos. No digo esto con la intención de ofender la virtud y luces de aquel príncipe, aunque conozco que esta relación no le hará el mayor favor en el ánimo de un lector inglés. Yo creo firmemente que este defecto no procede sino de la ignorancia, porque aquellos pueblos no han llegado todavía a hacer de la *política* un arte, como nuestros sublimes ingenios de Europa.

Justamente me acuerdo que en una de las audiencias que tuve con el rey, habiendo dicho por casualidad que había entre nosotros un gran número de volúmenes escritos sobre el arte de gobernar, concibió Su Majestad una idea muy baja de nuestro talento, y añadió que despreciaba y detestaba todo misterio, todo refinamiento y toda intriga en los procedimientos de un príncipe o de un ministro de Estado. No podía comprender qué quería yo decir al hablar de los secretos de Estado. En su concepto, toda la ciencia del gobierno estaba reducida a un corto número de principios triviales que son el sentido común, la razón, la justicia, la dulzura, la pronta resolución de los asuntos civiles y criminales, y otros tópicos semejantes proporcionados y asequibles al juicio de cualquiera y que no merecen se haga mención de ellos. Final-

mente, él condensó su opinión diciendo que si alguien pudiese conseguir la producción de dos espigas de trigo o de dos tallos de hierba en el mismo espacio de tierra donde antes se hubiese criado una sola, merecería más bien la estimación del género humano y haría un servicio más esencial a su país que no toda la casta de nuestros sublimes políticos.

La cultura de aquel pueblo es muy deficiente y no consiste más que en el conocimiento de la Moral, de la Historia, de la Poesía y de las Matemáticas; pero es preciso confesar que nos aventajan en estas cuatro ramas del saber.

La última de estas ciencias no la ejercitan sino en lo que tiene de útil por su aplicación a los usos de la vida; de suerte que la parte especulativa de nuestras matemáticas sería entre ellos muy poco apreciable. Con respecto a las entidades metafísicas, abstracciones y categorías, nada pude hacerle entender.

En aquel país está prohibido dictar una ley en más palabras que letras tiene el abecedario, el cual consta de solas veintidós, y aun se ven muy pocas leyes que lleguen a este número. Todas ellas están redactadas en los términos más claros y sencillos. Los leguleyos no son bastante vivos y sagaces para encontrarles diferentes sentidos, y, además, es un delito capital el escribir comentario sobre ellas.

Poseen de tiempo inmemorial, como los chinos, el arte de la imprenta, pero sus bibliotecas no son grandes. La del rey, que es la mayor, apenas tiene mil volúmenes, colocados en una galería de mil doscientos pies de lar-

go, donde tuve la libertad de leer todos los que quise. Yo señalaba el que me parecía, y, poniéndole sobre una mesa, me subían encima; principiaba a leer la página paseándome entre las líneas hasta su final, que regularmente era a los diez o doce pasos, y volvía a la izquierda para tomar el principio de la otra, andando siempre a medida que iba leyendo, y cuando tenía que volver la hoja, aplicaba ambas manos, porque su grueso era como un cartón muy doble.

El estilo es claro, expresivo y dulce, pero sin adorno, porque ignoran absolutamente lo que es multiplicación de vocablos inútiles y variación de expresiones. Leí muchos libros, especialmente los de Historia y Moral, y no fué de los que menos me gustaron un viejo tratadillo que andaba rodando por el cuarto de Glumdalclitch, y que versaba sobre la debilidad de la especie humana. Aunque no era estimado sino por las mujeres y por el vulgo, me movió la curiosidad de ver qué podía decir un autor de aquel país sobre semejante asunto. Este escritor hacía ver ampliamente la incapacidad del hombre para defenderse de las inclemencias del tiempo y del furor de los brutos, con todas las ventajas que lograban sobre él otros animales, ya por la fuerza, la ligereza o la precaución, ya por la industria, demostrando que la Naturaleza había degenerado en estos últimos siglos, y que estaba ya en su declinación.

Enseñaba que hasta las mismas leyes de la Naturaleza exigían rigurosamente que en un principio hubiésemos sido de una constitución mucho más fuerte para no estar sujetos a una

repentina destrucción por la casualidad de una teja que cae de un techo, una piedra que lanza un muchacho, o un arroyo que nos intercepta el paso. De estos razonamientos, sacaba el autor muchas aplicaciones útiles a la conducta de la vida. Por mí, confieso que no pude menos de hacer varias reflexiones morales sobre esta moral misma, y sobre la propensión universal de todos los hombres a quejarse de la Naturaleza y exagerar sus defectos. Aquellos gigantes se creían aún pequeños y débiles. Pues, ¿qué quedaba para nosotros los europeos? Añadía el mismo autor que el hombre no es más que un vaso de barro, un átomo, y que su pequeñez debía humillarle continuamente. ¡Ay! Pues, ¿qué seré yo, decía para mí, yo que no soy nada en comparación de estos hombres que se tienen por tan pequeños y flacos?

Hablaba también el mismo libro de los tratamientos, haciendo ver la vanidad de estos títulos de grandeza, con todo lo ridículo de un hombre, que, teniendo, cuando más, cincuenta pies de alto, se atreviese a titularse *grande*. ¿Cómo pensarían los grandes y señorones de Europa, decía yo entonces, si leyeran este libro; ellos, que apenas levantan cinco pies y algunas pulgadas, y pretenden, sin melindre, que se les dé el título de *grandeza*? Mas, ¿por qué no habrán exigido igualmente los títulos de latitud, diámetro y densidad, o inventado por lo menos un término general que abrazase todas estas dimensiones, haciéndose llamar, por ejemplo, *vuestra extensión*? Acaso me responderán que esta voz *grandeza* se refiere al al-

ma y no al cuerpo. Pero, si esto es así, ¿por qué no deberían tomar unos títulos más propios y ajustados a un sentido espiritual? ¿Por qué no se han de llamar *vuestra sabiduría, vuestra penetración, vuestra previsión, vuestra liberalidad, vuestra bondad, vuestro juicio, vuestra generosidad*? Es preciso confesar que, siendo estos títulos tan brillantes y honoríficos, hubieran sembrado demasiada amabilidad en los cumplimientos de los inferiores, y no hay cosa tan divertida como un discurso lleno de ironías.

La Medicina, la Cirugía y la Farmacia son bien cultivadas en aquel país. Entré cierto día en un vasto edificio, que tuve por un arsenal bien provisto de balas y cañones, y era la tienda de un boticario que tenía un buen surtido de píldoras y jeringas, ante las cuales nuestros cañones de mayor calibre son unas culebrinas.

Tocante a su milicia, me informaron de que el ejército real constaba de ciento setenta y seis mil infantes, y treinta y dos mil caballos, si puede darse este nombre a un cuerpo compuesto solamente de comerciantes y labradores, cuyos jefes son los nobles y burgueses, sin la menor paga ni recompensa. Confieso que están muy diestros en sus ejercicios, y que tienen una disciplina muy buena. Esto parecerá dificultoso al que no sepa que cada labrador es mandado por su propio señor y cada ciudadano por los hombres principales de su propia ciudad, elegidos a estilo de Venecia.

Movióme la curiosidad de saber por qué un príncipe, cuyos Estados son inaccesibles, cuidaba de instruir a sus vasallos en la práctica de la discipli-

na militar; pero muy presto me informé, por las conversaciones que sobre este objeto tuve con ellos y por la lectura de sus historias. Aquellos pueblos se han visto afligidos en estos últimos siglos por la enfermedad a que están sujetos tantos y tan distintos gobiernos. Los grandes y la nobleza se disputan frecuentemente el poder; el pueblo la libertad, y el rey el dominio arbitrario. Estas cosas, aunque sabiamente regladas por las leyes del reino, han ocasionado alguna vez partidos, inflamando las pasiones y causando guerras civiles. La última fué terminada felizmente por el abuelo del príncipe reinante, y la milicia que entonces fué instituída en el reino ha permanecido después para precaver nuevos desórdenes.

VI

EL REY Y LA REINA EMPRENDEN UN VIAJE A LA FRONTERA, LLEVANDO CONSIGO AL AUTOR.—CIRCUNSTANCIAS OCURRIDAS EN SU SALIDA DE AQUEL PAÍS PARA VOLVER A INGLATERRA.

Siempre conservé en mi ánimo la esperanza de recobrar algún día la libertad, aunque no podía concebir de qué modo ni formar proyecto ninguno con la menor apariencia de acierto. El barco que me había conducido y que había encallado en aquellas costas, era el primer buque europeo que hasta entonces había llegado allí, y el rey había dado órdenes muy estrechas para que en cualquier tiempo que se presentase otro, lo sacasen a tierra,

y, poniéndolo sobre un carro, con toda su tripulación y pasajeros, fuese conducido a Lorbrulgrud.

Deseaban con vivas ansias encontrar una mujer de mi propia talla con quien pudiese multiplicar mi especie; pero yo hubiera preferido la muerte al cruel destino de procrear en un país donde mis infelices hijos serían forzosamente enjaulados como canarios y vendidos por todo el reino a las gentes de calidad, como unos animalitos graciosos y raros. Es verdad que me trataban con mucha bondad, que era el favorito de los reyes y el recreo de toda la corte en cierto modo; pero todo esto dependía de un concepto indecoroso de la dignidad con que me había honrado Naturaleza. Por otra parte, no podía olvidar aquellas prendas amadas que había dejado en mi casa, y deseaba con impaciencia verme en país donde pudiese tratar con mis iguales y gozar la libertad de pasearme por las calles y campos sin temor de recibir un puntapié, morir aplastado como una lagartija o ser el juguete de un perrillo. Al fin, llegó mi libertad antes de lo que yo esperaba, y de un modo bastante raro, como voy a referirlo fielmente, con todas las circunstancias de este admirable suceso.

Hacía ya dos años que estaba en aquel país. A principios del tercero, Glumdalelitch iba conmigo entre la comitiva de los reyes en un viaje que emprendieron hacia la costa meridional del reino. Yo iba, como siempre, en mi cajón de viaje, que era un gabinete bastante cómodo, de doce pies de anchura. Sobre sus cuatro ángulos habían formado, por disposi-

ción mía, una especie de angarillas, aseguradas con cordones de seda para que no me molestase tanto el trote del caballo, en que un criado me llevaba delante de sí, y en el techo del mismo cajón había una ventana de un pie en cuadro para que entrase el aire, con su hoja correspondiente, que cerraban o abrían cuando yo lo mandaba.

Habiendo llegado al término de

mar los aires del mar, al cuidado de un paje a quien me habían confiado otras veces y era de mi gusto. No olvidaré jamás la repugnancia con que lo consintió Glumdalclitch, la estrecha obligación que impuso al paje para que me cuidase y las lágrimas que derramó, como si tuviera algún presentimiento de lo que había de suceder. Tomó el paje mi cajón, y me lle-



nuestra marcha, resolvió el rey pasar algunos días en una casa de recreo que tenía junto a Flanflasnic, ciudad situada a diez y ocho millas inglesas de la costa. Glumdalclitch y yo estábamos muy fatigados: yo padecía un ligero resfriado; pero ella se sentía tan mala que no salía de su cuarto. Queriendo ver el Océano, fingí que mi enfermedad era mayor para obtener la licencia de acercarme a to-

vó cerca de media legua de distancia del palacio, a unas rocas que guarnecían la ribera. Le mandé que me pusiese en el suelo, y, levantando el bastidor de una ventana, me puse a mirar el mar con suma tristeza. El sueño me vencía, y habiéndoselo manifestado con la esperanza de que me aliviaría, cerró bien la ventana para que el frío no me incomodase, y me quedé dormido al instante. Todo lo



...me puse a mirar el mar con suma tristeza. (Pág. 53.)

que puedo conjeturar es que, mientras dormía, creyendo el buen paje que no había riesgo, trepó por las rocas a buscar huevos de pájaro, que antes le había visto ya recoger. Sea como fuese, yo desperté repentinamente por un violento movimiento de mi cajón, levantado en alto y en seguida conducido hacia adelante con una velocidad prodigiosa. El primer impulso me echó casi fuera de las angarillas; pero siguió un movimiento bastante suave que me repuso. Principié a gritar con toda mi fuerza, aunque inútilmente. Miré al través de la ventana, pero no vi más que nubes, y oyendo un ruido espantoso encima de mí, como si fuera el movimiento de unas enormes alas, vine ya en conocimiento de mi peligrosa situación, sospe-

chando que alguna águila había agarrado con su pico la cuerda del cajón, para dejarle caer sobre cualquier peña, como un galápago metido en su caparazón, y extraer luego mi cuerpo para devorarlo; pues la sagacidad y olfato de este pájaro le descubren la presa a la mayor distancia, aunque esté más oculta que yo podía hallarme entre unas tablas que apenas tenían dos pulgadas de grueso.

Al cabo de un rato noté que el ruido y movimiento de las alas se aumentaba mucho y que mi cajón fluctuaba por el aire al modo de un gallardete agitado por la fuerza del viento. Oí unos terribles golpes que descargaban sobre el águila, y en seguida me sentí caer de pronto y perpendicularmente por espacio de un buen minu-

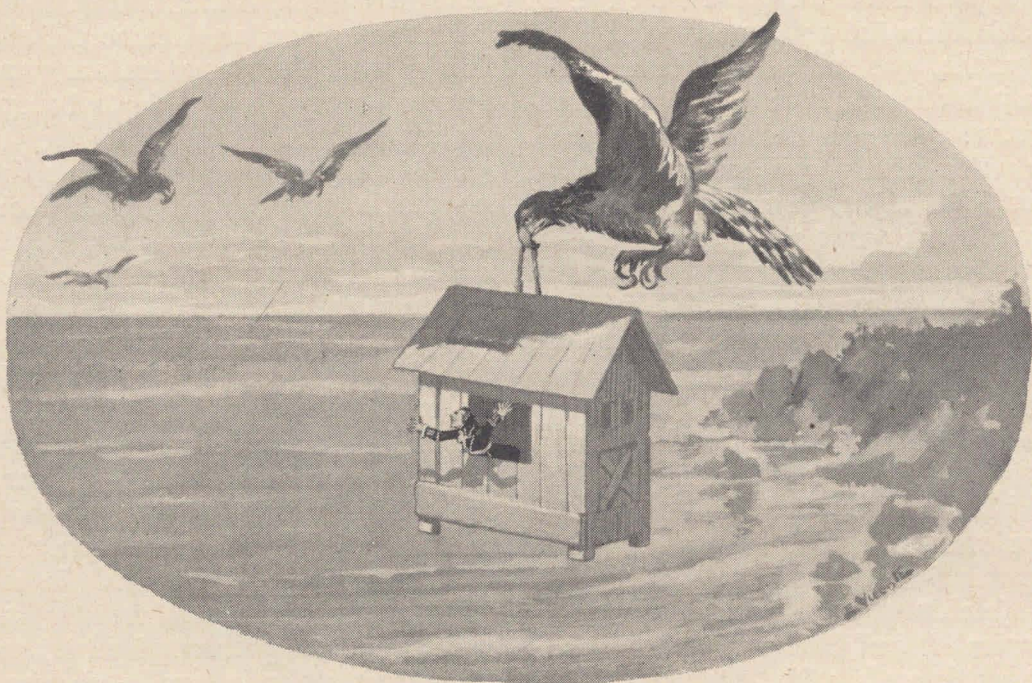
to, pero con una rapidez increíble. Mi caída terminó con un estruendo tan grande, que me pareció tener junto a mis oídos nuestra catarata del Niágara: quedé en tinieblas por espacio de otro minuto, y después principió a subir el cajón, de manera que pude ver la luz por la parte superior de su ventana.

Entonces conocí que había caído en el mar y que mi gabinete iba a merced de las olas. Yo conceptué, y lo creo aún así, que el águila que me llevaba, perseguida por otras dos o tres, se vió obligada a soltarme para defenderse de sus enemigas, que le disputaban la presa. Afortunadamente para mí, las planchas de hierro que sujetaban el cajón por abajo, conservaron el equilibrio y evitaron su destrucción en la caída.

¡Cómo llamaba yo en aquel lance a mi amada Glumdalclitch, de quien me había alejado tanto este impensado accidente! Puedo asegurar con verdad que en medio de mis desdichas ocupaban el primer lugar las de aquella inocente, que se me representaba sumida en la mayor aflicción por mi pérdida, y caída en desgracia de la reina. ¡Qué viajero ha podido verse jamás en tan terrible situación! Sólo esperaba el instante en que, destrozado mi cajón o cuando menos volcado a impulso del viento, me sepultara entre las olas. No daba por mi vida un penique. Toda la defensa de la ventana consistía en unos alambres de hierro muy gruesos que la sujetaban por afuera para precaver en algún modo las ordinarias incomodidades de una marcha. Viendo entrar el agua por las aberturas, traté de taparlas; pero, ¡qué ade-

lantaba con ello, si mis fuerzas no alcanzaban a levantar el techo del edificio para conservarme encima y no perecer en aquella especie de bodega sin respiración!

En tan deplorable estado oí, o el deseo me lo fingió, algún ruido hacia un lado del cajón, y al poco rato advertí que tiraban de él y en cierto modo lo remolcaban, pues de tiempo en tiempo, sentía algún esfuerzo que hacía subir las olas hasta la altura de la ventana, dejándome en una casi total obscuridad. Ya principié a concebir algunas esperanzas de socorro, aunque débiles, porque no podía imaginarme de dónde pudiese venirme. Subí sobre una silla, y acercando la cabeza a una pequeña abertura que había en el techo, prorrumpí en espantosas voces pidiendo auxilio en cuantas lenguas sabía. Até mi pañuelo a un bastón, y sacándole afuera, le movía a todos lados, para que si acaso estaba inmediato algún barco o navío, pudiesen inferir los marineros que había un desdichado mortal encerrado en aquella caja. Yo no advertía que todo esto produjese el menor efecto; pero sí eché de ver que mi cajón era tirado hacia delante. Al cabo de una hora, sentí que tocaba en una cosa muy dura, y temiendo, desde luego, que fuese alguna roca, me alarmé mucho. Oí un golpe en el techo, como si fuera de un cable, y notando que había subido muy lentamente lo menos tres pies más de la situación en que había estado, volví a sacar mi bandera implorando socorro con tanto esfuerzo, que me puse ronco. En respuesta escuché grandes aclamaciones, repetidas hasta tres veces, las



...oyendo un ruido espantoso encima de mí... (Pág. 54.)

cuales me infundieron tanta alegría, que sólo el que la siente puede imaginarla. Al mismo tiempo sonaron pasos encima, y arrimándose uno hacia la abertura, gritó en inglés:

—¿Hay aquí alguno?

—¡Ojalá no le hubiera! — respondí prontamente—. Yo soy un pobre inglés reducido por la suerte a la calamidad mayor en que jamás se ha visto criatura humana: por amor de Dios, sacadme de este calabozo.

Respondióme la misma voz:

—¡Ánimo! Nada tenéis que temer; vuestro cajón está amarrado al navío, y va a pasar el carpintero para hacer un agujero en el techo y sacaros de ahí.

—No es necesario — respondí yo—; esa operación exigiría mucho tiempo;

basta que cualquier marinero tire del cordón y subiendo el cajón, del mar al navío, lo lleve luego al cuarto del capitán.

Algunos de ellos, que me oyeron hablar así, me tuvieron por un pobre insensato y no pudieron contener la risa. Yo no pensaba, ni remotamente, que estaba entre hombres de mi talla y de mi constitución. Pasó el carpintero; en pocos minutos hizo una abertura, en la cual puso una pequeña escalera, y subiendo por ella entré en el navío medio desfallecido.

Los marineros quedaron absortos al verme, y, habiéndome hecho varias preguntas, no tuve valor para contestar a ninguna. Todos me parecían pigmeos, porque mi vista estaba ya acostumbrada a aquellos objetos

monstruosos que acababa de dejar. Pero su capitán, el señor Tomás Wilcocks, hombre de probidad y mérito, natural del condado de Shrop, advirtiéndome que mi debilidad era extremada, me hizo entrar en su camarote, me dió un cordial para reponerme, mandándome acostar en su cama, y me aconsejó que me recogiese un rato, pues tenía necesidad de sosiego. Antes de dormirme, quise darle cuenta de que tenía cosas muy curiosas en mi cajón: una cama de campaña; dos sillas, una mesa y un armario; que mi cuarto estaba entapizado, o, por mejor decir, acolchado de tela de seda y algodón; que si gustaba ordenar a alguno de la tripulación que llevase mi habitación a su camarote, yo la abriría en su presencia y le mostraría mis muebles. El capitán, que

me oyó decir tales absurdos, me tuvo por loco; sin embargo, para contentarme, me ofreció hacerlo así, y subiendo a la toldilla, envió algunos marineros a practicar el registro.

Dormí algunas horas, pero siempre preocupado con la idea del país que acababa de dejar y del peligro en que me había visto. No obstante, cuando desperté me hallé repuesto por completo. Eran las ocho de la noche, y el capitán, temiendo que hubiese pasado mucho tiempo sin comer, mandó que me sirviesen la cena inmediatamente. Tratóme con la mayor finura, aunque había notado que el extravío de mi mirada no indicaba el mejor juicio. Luego que nos dejaron solos, me suplicó que le hiciese relación de mis viajes y le declarase por qué accidente había sido abandonado



—¿Hay aquí alguno? (Pág. 56.)

a la voluntad de las olas en aquel cajón. Me dijo que sería la hora del mediodía cuando, hallándose en observación con su anteojo lo descubrió muy distante; que lo tomó por un pequeño barco, y determinó llegarse a él para comprar galleta, porque la suya se iba acabando; que, habiéndose acercado, conoció su error, y enviando la

na; que, dando orden de remar y acercarse por aquel lado, pudo prender el cable al pestillo y llevar a remolque el cajón; y que entonces fué cuando vió mi bastón con el pañuelo, y no le quedó duda de que algunos infelices venían allí encerrados. Le pregunté si él o su tripulación no habían visto en el aire unos pájaros maravillosos al tiem-



...me dió un cordial para reponerme... (Pág. 57.)

chalupa a reconocer lo que era, había vuelto su gente toda confusa, jurando que aquello era una casa flotante; que se había reído de su bobería, y pasando personalmente a la chalupa, mandó a los marineros que llevasen consigo un cable bastante fuerte; que, como estaba el tiempo en calma, pudo remar alrededor de aquel gran cajón, y después de dar la vuelta en torno de él varias veces, descubrió una venta-

po que me descubrieron, a lo cual respondió que, hablando con sus marineros sobre esta aventura, mientras yo había estado durmiendo, uno de ellos le había dicho haber visto tres águilas volando hacia el Norte, pero que no le habían parecido mayores que las comunes. Créo que hay que atribuir esta apreciación a la inmensa altura a que las aves volaban, como también juzgo que él no pudo discu-

rrir cuál era la razón de mi pregunta. Continué preguntándole a qué distancia le parecía que estábamos de la tierra, y me contestó que lo menos a cien leguas, según todos los cálculos.

—Pues os equivocáis casi en la mitad — le repliqué yo—, porque habéis de saber que cuando caí en el mar ape-

poco serio, y con toda formalidad me pidió que le dijese francamente si no sentía algún remordimiento interior, o si no me acusaba la conciencia de algún crimen por el cual hubiese sido condenado de orden de algún príncipe y encerrado en aquel cajón, como a veces se ejecutaba en ciertos países, don-



...mandó que me sirviesen la cena inmediatamente. (Pág. 57.)

nas haría dos horas que había dejado el país de donde vengo.

Esto acabó de ratificarle en el concepto de que mi cerebro estaba perturbado, y me aconsejó que me volviese a la cama, dispuesta en un cuarto que había mandado prepararme. Yo le aseguré que me hallaba muy sereno, gracias a sus atenciones, y que conservaba el libre uso de la razón y de todos mis sentidos tan perfectamente como podía apetecer. Púsose un

de los delincuentes eran abandonados a merced de las olas dentro de una embarcación sin velas ni víveres; que aunque le fuese muy sensible haber recibido en su navío a un malhechor semejante, me prometía, no obstante, bajo palabra de honor, ponerme a salvo en el primer puerto adonde llegásemos; añadiendo que sus sospechas se habían aumentado por lo absurdo de algunas cosas que yo había dicho, primero a sus marineros, y lue-

go a él, acerca de mi cajón y de mi cuarto, como también por la descompostura que se notaba en mis ojos y la singularidad de mis ademanes.

Le rogué tuviese la paciencia de escuchar la relación de mi historia, que le hice muy fielmente desde la última salida de Inglaterra hasta el instante en que me había descubierto. Y como la verdad se abre siempre camino en los espíritus razonables, aquel prudente y digno caballero, que estaba dotado de buen juicio y no dejaba de tener bastante instrucción, quedó satisfecho de mi sinceridad. Mas, con todo, para confirmar lo que le había referido, le supliqué diese orden de que llevasen allí mi armario, y, tomando las llaves, que conservaba en la faltriquera, le abrí en su presencia y fuí enseñándole todas las curiosidades construídas en aquel país, de donde había sido sacado de un modo tan extraño. Estaba, entre otras cosas, el peine que había formado de las barbas del rey y otro de la misma especie cuyo lomo era de un desperdicio de la uña del dedo pulgar de Su Majestad. Allí había también un paquete de agujas y otro de alfileres de pie y medio de largos, y un anillo de oro que cierto día me regaló la reina muy obsequiosamente, sacándole de su dedo pequeño y poniéndomelo sobre los hombros como un collar. Instéle a que tomase aquel anillo en recompensa de sus favores, pero se negó absolutamente. Finalmente, le rogué que examinase bien los calzones que llevaba, que estaban hechos de la piel de un ratón.

El capitán quedó muy satisfecho de mi relación, y me pidió que, a

nuestro regreso a Inglaterra, me dedicase a escribirla y darla al público. Yo le respondí que me parecía que teníamos ya demasiados libros de viajes; que mis aventuras serían calificadas de novelescas y consideradas como una ficción ridícula; que mi obra no podía contener más que descripciones de plantas, de animales extraordinarios, leyes, costumbres y usos caprichosos; que estas descripciones eran muy comunes y se habían hecho ya fastidiosas, y que, no teniendo que decir otra cosa de mis viajes, éstos no merecían la pena de ser leídos. Pero le di las gracias por el buen concepto con que honraba mi talento.

Mostróse un poco aturdido al oírme hablar en voz muy alta, y me preguntó si el rey y la reina de aquel país eran sordos. Fué preciso decirle que estaba acostumbrado a hablar en este tono más de dos años hacía, y que yo también hallaba novedad en su voz y en la de su gente, que me parecía hablarme siempre en secreto junto al oído; pero que, sin embargo, los entendía bien; que cuando hablaba en aquel país era siempre como el que contesta a otro que le pregunta desde las ventanas de un campanario, excepto cuando me ponían sobre una mesa o me tenían en la mano. También le dije que había notado otra cosa, y era que luego que entré en su navío y vi a sus marineros en pie alrededor de mí, me habían parecido sumamente pequeños; que desde que me hallaba allí estaba privado de mirarme a un espejo, porque mi vista, acostumbrada a grandes objetos, me hacía despreciable ante mí



...alquilé un caballo y un guía, y me puse en marcha. (Pág. 62.)

mismo. A esto me respondió el capitán que mientras estaba cenando había notado él también que miraba todas las cosas con cierta especie de desprecio y le había parecido que me esforzaba por reprimir la risa; que dudó cómo tomar esto, y, por último, lo había atribuido a trastorno de mi cerebro. Díjele que ni yo sabía cómo había podido contenerme al ver sus platos, que no eran mayores que una moneda de tres sueldos, una pierna de carnero que apenas tenía un bocado, un vaso más pequeño que una cáscara de nuez, y continué así haciendo la descripción de los demás utensilios y viandas que comparecieron. Pues aunque la reina me había surtido de todo lo necesario para mi uso con proporción a mi talla, mi imaginación estaba totalmente ocupada

de aquellos objetos que más continuamente veía, y me sucedía lo que a todos los hombres que incesantemente están considerando a los demás, sin considerarse a sí mismos ni parar la atención en su pequeñez. El capitán, haciendo alusión a un antiguo proverbio inglés, me replicó que, según esto, mis ojos serían más grandes que mi vientre, pues no había advertido que hubiese comido mucho, sin embargo de haber pasado todo el día en ayunas; y, prosiguiendo en el estilo burlesco, añadió que hubiera dado con gusto cien libras esterlinas por contemplar mi cajón en el pico del águila y verle desprenderse después en el mar desde una altura tan grande, que ciertamente sería un espectáculo muy extraño y digno de ser transmitido a los siglos venideros.

El capitán, que regresaba del Tonquín a Inglaterra, había sido empujado hacia el Nordeste hasta los cuarenta y cuatro grados de latitud y ciento cuarenta y tres de longitud, pero, a los dos días de estar yo en su compañía, se levantó un fuerte viento que nos dirigió al Sur por bastante tiempo, y costeano la Nueva Holanda, hicimos rumbo al Oessudoeste, y después al Sudsudoeste, hasta que hubimos doblado el cabo de Buena Esperanza. Nuestro viaje fué feliz y no quiero cansar al lector con su prolija relación. Baste decir que anclamos en uno o dos puertos para proveernos de víveres y hacer aguada; yo no salí del navío hasta que llegamos a las Dunas, que, si no me engaño, fué el 3 de junio de 1706, cerca de nueve meses después de mi libertad. Dije al capitán que le dejaría mis muebles empeñados, en prenda del pago de mi pasaje, pero él no lo consintió, asegurándome que no recibiría ni el valor de un maravedí. Nos despedimos muy afectuosamente, y obtuve su palabra de visitarme en Redriff. Y, con un escudo, que él me prestó, alquilé un caballo y un guía, y me puse en marcha.

Mientras duró ésta, admirado todavía de la pequeñez de las casas, árboles, ganados y personas, me parecía que estaba en Lilibut, y temiendo aplastar con mis pies a los viajeros que encontraba, solía darles voces para que se apartasen del camino; de

suerte que en ocasiones corrí el riesgo de que me moliesen a palos, cansados ya de mi impertinencia.

Llegué a mi casa, y no me costó poco trabajo encontrarla. Salió un criado a abrir la puerta, y, pareciéndome ésta un postiguillo, tuve buen cuidado de bajar la cabeza al entrar, por no rompérmela. Viendo a mi mujer que corría a abrazarme, doblé el cuerpo hasta tocar el volante de su vestido, creyendo que no podría llegar de otro modo a mi boca. Mi hija se puso de rodillas esperando mi bendición, pero no pude verla hasta que se levantó; tal era mi costumbre de estar siempre en pie mirando hacia arriba. Mis criados y dos o tres amigos que se hallaron presentes parecíanme pigmeos, y yo me creía un gigante. Reconvine a mi mujer porque habían vivido con tan extremada frugalidad, pues los veía a todos pequeñísimos. En una palabra, eran tan extraños todos mis procedimientos, que no hubo persona que no fuese del mismo parecer del capitán cuando me vió en su navío, conviniendo unánimemente en que había perdido el juicio. Refiero todas estas menudencias para hacer ver el poder del hábito y de la preocupación.

En breve tiempo me acostumbré a mi mujer, familia y amigos. Mi esposa afirmaba que no volvería jamás a embarcarme, y, aunque yo no estaba muy seguro de ello, por ahora doy fin a la segunda parte de mis desgraciados viajes.

FIN



BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Meterete.
Leedme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe.

El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.
Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinson Crusó.
Lo que puede más que el hombre.
Lo que somos.

Cuentos de Grimm.
Las famosas aventuras de don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabante.
Niños de todas clases.
Los dos hermanos.
Eustaquio.
Vidas de hombres célebres.
Episodios históricos.
Cuentos y fantasías.
Fábulas de Iriarte.
Cuentos de Andersen.
Cuento de primavera.
Mi mejor juguete.
Para el nene.
Gulliver en el país de los enanos.
Gulliver en el país de los gigantes.
Animales feroces.
Animales domésticos.
Lecturas escogidas en prosa y verso.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (1.º)
11. Cuentos de Andersen. (2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La picara vanidad.
22. Un charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo.
39. Una ciudad flotante. (1.ª)
40. Una ciudad flotante. (2.ª)
41. Miguel Strogoff. (1.ª p.)
42. Miguel Strogoff. (2.ª p.)
43. Las Indias negras. (1.ª p.)
44. Las Indias negras. (2.ª p.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma.—El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.º)
58. Id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarias.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º)
63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º)
64. Los Quinientos millones de la Begún.
65. De la tierra a la luna.
66. Alrededor de la luna.
67. El «Chancellor».
68. Las tribulaciones de un chino en China.
69. Una invernada entre los hielos.
70. Veinte mil leguas de viaje submarino.
71. La vuelta al mundo en ochenta días.
72. Viaje al centro de la tierra.